

161/13-6-

UN
VIAJE Á JÚPITER

OBRA ESCRITA EN ESPAÑOL

POR

ENRIQUE BENDITO.

Edición ilustrada con grabados.



VALLADOLID
IMPRENTA, LIBRERÍA Y ENCUADERNACIÓN
DE JORGE MONTERO
Acera, núms. 4 y 6

1899

Enrique Bendito

3018-12944

UVA. BHSC. LEG 44 nº3018

ENRIQUE BENDITO

M. DE LA S. ASTRONÓMICA DE FRANCIA.



UN VIAJE Á JÚPITER



UVA. BHSC. LEG 44 n°3018



CHATELAIN

1890

INSURANCE

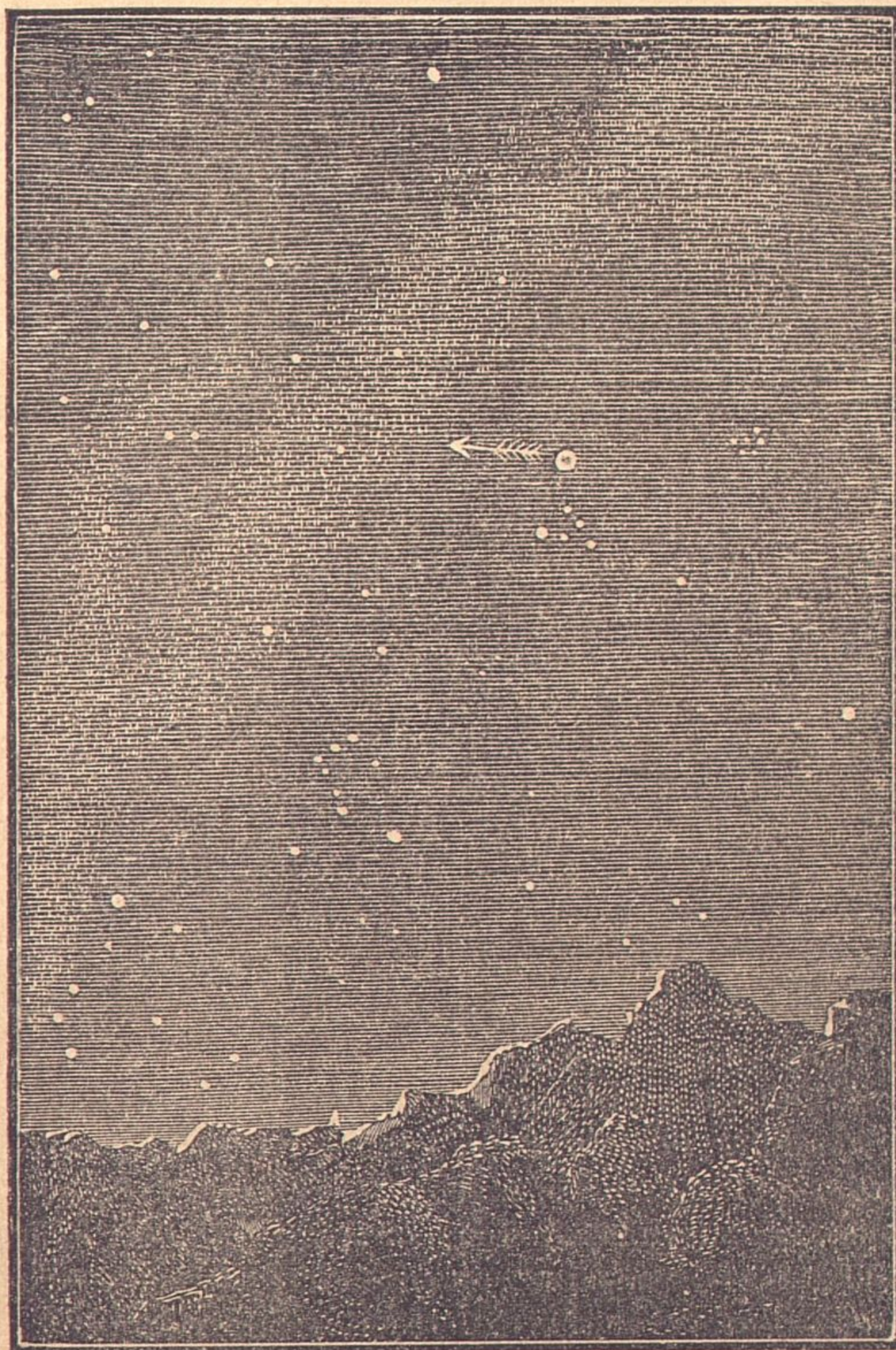
UN
VIAJE Á JÚPITER

OBRA ESCRITA EN ESPAÑOL

POR

ENRIQUE BENDITO.

Edición ilustrada con grabados.



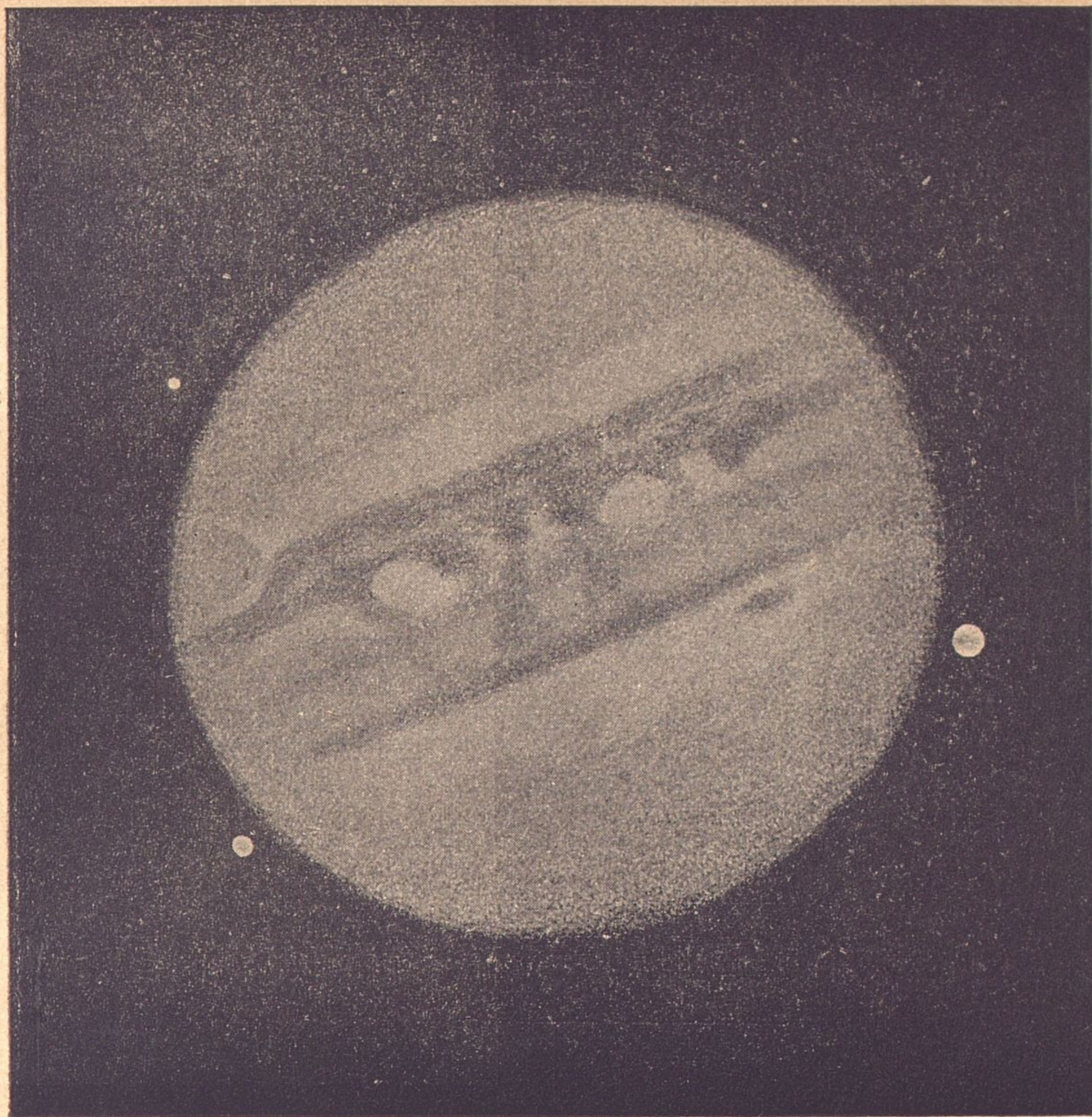
VALLADOLID
IMPRESA, LIBRERÍA Y ENCUADERNACIÓN
DE JORGE MONTERO
Acera, núms. 4 y 6

1899

Enrique Bendito

Es propiedad del Autor: quedan cumplidos los requisitos que ordena la ley.

Augustus H. Russell



Vista telescópica de Júpiter.

UN VIAJE Á JÚPITER.

CAPÍTULO PRIMERO.

DESDE CANTÓN Á SHANG-HAY.

Como hacía ya cuatro meses que el ferrocarril Transasiático nos había trasladado en once días desde Ouzoun-Ada hasta Pekin; habíamos recorrido las provincias de Petcheli, Chen-si, Chan-si, Su-Tchouan Hou-Nan y Yun-Nan y ninguna de las principales ciudades del Celeste Imperio nos quedaba ya por ver, decidimos abandonar á este, y para ello, estando en Cantón, tomamos pasaje en uno de esos vaporcitos que pintorreados de mil colores hacen dos veces por semana el servicio hasta Shang-hay. En este puerto tomaríamos pasaje en otro buque y abandonando con él la China pasaríamos al Japón.

Mi hermano y yo ocupábamos un precioso saloncito del Hotel Victory situado en las

inmediaciones del rio de las Perlas; hicimos los últimos preparativos de viaje, que por cierto no nos llevaron mucho tiempo, pues nuestro equipaje era bien sencillo; pagamos la cuenta del Hotel y disponiendo después que trasladaran el equipaje al muelle, nos echamos los abrigos al hombro y salimos á la calle.

Eran las cuatro de la tarde y como el Macao, que era el vaporcito que había de llevarnos á Shang-hay, tenía anunciada la salida para las seis, aun teníamos tiempo de dar un último paseo por la ciudad. Tomamos con toda calma la Gran Avenida Inglesa; dimos unas vueltas por el mercado indígena y por fin nos encaminamos hácia el muelle. A nuestro alrededor circulaba una multitud heterogénea y abigarrada compuesta en su mayoría de vendedores de naranjas y pamplemusas, de marineros, aguadores y soldados; allí los chinos trataban sus nego-

cios con los europeos; en unos grupos se hablaba en francés en otros en inglés y en otros, que eran los más, en chino.

Pasamos bajo el arco de la puerta llamada de la Eterna Pureza; seguimos hasta la de la Eterna Alegría y por último y después de dejar á un lado las torres de la pagoda de las Quinientas Divinidades, desembocamos en el muelle.

Allí había una algarabía horripilante. Algunos adivinos que, solo por unos zapeques, pretenden predecir el porvenir, nos salieron al encuentro; les echamos al suelo algunas monedas y sin hacerles ningún caso continuamos nuestra marcha.

De pronto llamó nuestra atención un personaje que elegantemente vestido y seguido de su criado se dirigía también hacia el Macao. Pensé desde luego que se trataba de un pasajero, pues el criado cargaba con el equipaje que por cierto era verdaderamente extraño. Aquel personaje era un chino, pero un verdadero chino, tanto por sus facciones como por su modo de vestir. Sus ojos eran tan oblicuos, que le subían hacia las sienes, y su bigote y coleta eran verdaderamente tradicionales. Vestía larga túnica de seda amarilla, cinturón ancho y de brillantes colores y sobre su cabeza se asentaba uno de esos bonetes grandes y orlados de ancho fleco rojo que solo pueden usar los grandes profesores de filosofía del Celeste Imperio. Unos anteojos grandes y con armadura de oro, realizaban la gravedad de nuestro personaje, ya de por sí, bastante interesante. Representaba tener unos sesenta años; era extraordinariamente obeso y en sus facciones, un tanto duras, se reflejaba un carácter de energía y entereza.

Llevaba en la mano izquierda un gran quitasol de seda amarilla adornado con pájaros y animales monstruosos y en la derecha un libro en cuarto menor de tapas de terciopelo verde. Marchaba con lentitud; apenas si se dignaba contestar á los que á su paso le saludaban y unas veces mirando al cielo y otras al texto del libro, iba abriéndose paso entre la multitud. Su criado era un chino de unos treinta años, esbelto, simpático y de mirada inteligente, llevaba larga coleta y vestía rica túnica negra con pájaros blancos, y sobre sus hombros cargaba una especie de maleta que midiéndolo metro y medio de largo por dos decímetros de diámetro era de forma completamente cilíndrica.

De pronto advertimos que el personaje se detenía y que cerrando los ojos exclamaba:

—¡Kao!.....

—¡Señor! le contestó el criado que marchaba á pocos pasos de su amo.

Nosotros nos detuvimos también y miramos con curiosidad á los dos chinos.

—¡Kao! exclamó de nuevo el profesor de

filosofía—meditación para esta noche; versículo cuarenta y ocho, tomo noventa y siete; estudio filosófico-comparativo acerca de la concepción de Dios en las humanidades saturniana y terrestre.

—Señor; contestó el criado—meditaré tan pronto lo ordeneis; mas tened presente, señor, que hace doce horas no comemos.

—Es verdad, Kao, tu observación es muy juiciosa y vas aprendiendo á ser un buen filósofo, primero cenaremos y después meditaremos

Y así diciendo el filósofo, prosiguió su interrumpida marcha.

Aquel diálogo había sido sostenido en lengua Kunanruna, la oficial entre las personas instruidas del Celeste Imperio y aunque nosotros no la conocíamos sino muy imperfectamente, no por eso dejamos de enterarnos de lo dicho por amo y criado.

El filósofo nos pareció un hombre verdaderamente misterioso.

Por fin llegamos al Macao donde ya se hacían los preparativos para el viaje; cruzamos entre algunos pasajeros que paseaban por el puente y fuimos á tomar posesión de nuestro camarote que tenía el número 5, y en el que encontramos el equipaje ya instalado.

El misterioso personaje tenía el camarote número 6, y por lo tanto era nuestro vecino. Le vimos entrar en la cámara, dirigirse después á su departamento seguido del criado y cerrar luego la puerta.

Entonces nos dirigimos mi hermano y yo hacia el puente con objeto de dar el último adios á la ciudad de Cantón y en él pasamos un gran rato presenciando el incesante movimiento que había en el muelle.

Y ahora, mientras el Macao, libre ya de sus amarras, empieza á deslizarse á lo largo de la rápida corriente del río de las perlas, en cuyas aguas encuéntrase con frecuencia numerosos cadáveres de ajusticiados, yo me entretendré en enterar al lector, de quiénes somos mi hermano y yo, por qué ambos estamos en la China y por qué ahora nos dirigimos á Shang-hay.

Mi hermano se llama Jeorges Hampill y Yorkshire duque de Maryland; tiene veintinueve años, posee, para él sólo, una fortuna que le proporciona una renta anual de diez mil libras y jamás ha pensado en estudiar, ni en seguir carrera alguna. Su carácter es voluble; la misma facilidad tiene para enfadarse que para reírse y nunca noté en él el más ligero síntoma de tristeza ó de pesar. Es gran aficionado á las carreras de caballos; tira el sable como un verdadero espadachín y frecuenta todos los clubs elegantes de Londres donde, con otros como él, aficionados al sport, pasa alegremente su existencia. Lo mismo él que yo, somos hijos de Lord Ed-

mund Hampill y Lady Doll Yorkshire duques de Blane y de Maryland, de quienes hace un año, hemos quedado huérfanos y heredado una gran fortuna. Dueños de esta y sin familia, propuse un día á mi hermano salir de Londres con intención de dar la vuelta al mundo, y dicho y hecho. Salimos de nuestra ciudad natal, visitamos las principales capitales de Europa, y ganando terreno siempre hácia el Oriente, llegamos á Constantinopla; de esta ciudad, pasamos á Tiflis en la Georgia, luego á Ouzeun-Ada por Bakou y por fin hicimos nuestra entrada en Pekin. Hemos recorrido todo el Celeste Imperio y ahora, desde Cantón, nos dirigimos á Shang-hay donde tomaremos pasaje para el Japón. Respecto á mi, diré: me llamo Henry Hampill y Yorkshire; soy duque de Blane y tengo veinticuatro años y así como mi hermano tiene el lema de «puesto que soy rico quiero divertirme» yo á mi vez tengo también el siguiente «puesto que soy rico, quiero instruirme.»

Pero volvamos á nuestro cuento.

El Macao seguía corriendo por las ennegadas aguas del río de las Perlas; la noche se iba echando encima y el viento que soplaba bastante fresco obligaba á los pasajeros á buscar un refugio dentro de la cámara.

A la puerta de esta se hallaba el capitán del barco, que era un chino fuerte, casi gigantesco y que me pareció olía algo á aguardiente.

Maryland, que es como siempre llamo yo á mi hermano, y yo, nos acercamos á él para hacerle algunas preguntas referentes á la navegación, cuando de pronto vimos cruzar entre nosotros á Kao, el criado del filósofo misterioso.

El chino llegó al centro del puente y miró al cielo en todas direcciones.

—No habrá vispera buena, dijo—esas nubes impiden la observación, pero quizás Dios lo haga en mi provecho, porque así podré cenar.

Y así diciendo, por lo bajo, desapareció de nuevo en la cámara.

—Que el diablo me lleve, dijo Maryland—si ese chino y su señor no son locos rematados.

—¡Jip! pareció silbar el capitán—el filósofo Li-tai no es un loco; es uno de los sabios más ilustres que hay entre los hijos del cielo; ha escrito una obra que tiene mil tomos en cuarto menor.

—¡Mil tomos! serán de pocas páginas... ¡oh! ¡quizás!....

En este momento se oyó el repiqueteo de una campana y mi hermano no terminó de expresar su pensamiento.

Era que aquel repiqueteo anunciaba la hora de la cena y que el capitán, deseoso de cumplir su deber de presidir la mesa, nos

había abandonado y dejado con la palabra en la boca.

Le vimos ocupar su puesto en la cabecera más próxima á la puerta y entonces nosotros nos sentamos á su izquierda.

El comedor estaba bastante desanimado; conté en él, no más que ocho comensales, entre los que ví dos que eran franceses, y noté, que en representación del bello sexo tan sólo había una joven é interesante china que viajaba en compañía de un joven también chino y que me pareció debía ser su marido. La mesa, que estaba espléndidamente servida, la formaba un gran rectángulo de laca negra en cuya superficie, brillante como un espejo, reflejábanse las luces, la vagilla de porcelana fina, los grupos de flores y los macizos de naranjas, de limones y de frutos de Long-yen.

Busqué al filósofo y noté que faltaba á la mesa.

—¡Oh! sin duda está ocupado en sus meditaciones, pensé.

—Parece que el señor Li-tai se descuida, dijo mi hermano al capitán.

—Pues tanto peor para él; contestó el chino sin dejar por eso de fijarse en cómo una vivaracha y cariñosa camarera, adornados sus cabellos con azucenas y crisantemos, servía en el plato unas tortillitas hechas con huevos de paloma y mollejas de gorrión—si el señor Li-tai asiste tarde á la mesa, perderá el derecho á comer de los platos ya retirados; así lo manda el reglamento de abordó.

Pero por lo visto, el señor Li-tai debía conocer muy bien los reglamentos de los barcos chinos y no queriendo exponerse á sus rigores, hizo su aparición en el comedor.

Se presentaba acompañado de su criado; saludaron ambos con una ligera inclinación de cabeza; se sentaron á la derecha del capitán y luego y sin tomarse la molestia de extender una de esas miradas que son naturales en todo comensal y sirven para enterarse éste de con quién come, principiaron á entendedérselas con el primer plato que tenían ya servido.

Tanto los dos filósofos como el capitán, comían y bebían de lo lindo sin hacer el menor caso de nosotros, y lo aseguro, á no ser por un joven francés que se sentaba á mi izquierda y con quien llegamos á simpatizar mi hermano y yo, hubiera sido para nosotros aquella una cena en extremo triste.

Allí se comía mucho, pero se hablaba poco. Solo alguna que otra frase suelta cruzada entre los pasajeros europeos, era cuanto allí se oía.

Maryland, sin embargo, llegó á conseguir hacer hablar algunas veces al capitán y yo mientras tanto no dejé la conversación con mi vecino el joven francés.

—¡Oh! ¿sois aficionado á la astronomía? me preguntó á consecuencia del asunto que veníamos tratando—en efecto, esta noche hay eclipse total de luna, pero tenemos la desgracia de que el cielo está nublado. Precisamente en este momento empieza la oscuridad completa del disco lunar.

Entonces sonó el reloj del comedor imitando una vez el canto del cuco y ví que el filósofo cuchicheó algunas palabras con su criado.

—Las ocho y media; dije yo—¡y no poder observar ya la luz cenicienta del disco! verdaderamente que hemos tenido desgracia...; sin embargo, se trata del caso en que la sombra total es de la mayor duración y ya sabéis que esta es de una hora y cincuenta y dos minutos; quién sabe si aún querrá ser el cielo complaciente..... Por mi pena de no presenciar el eclipse, podreis juzgar cuán aficionado soy á todo lo que se refiera á la astronomía.

—Y ese es el único defecto que tiene, podeis creerlo, monsieur Vernier, dijo mi hermano á quien el capitán, que estaba entretenido con un plato de nido de golondrina y huevos hilados, no hacía ni el menor caso—maldito si se ocupa para nada de lo que pasa aquí en la tierra y en cambio desea saber lo que está ocurriendo en el cielo.

—¡Oh! amigo mio, contestó el francés—ese defecto es para mí muy disculpable pues que también yo le padezco.

—¿Si? dijo Maryland con extrañeza—no comprendo qué sacan ustedes en limpio con ocuparse del sol, de la luna y las estrellas. A mí me parece que eso es solo perder el tiempo; ¿no os parece lo mismo que á mí, señor capitán?

—Sí; y sobre todo si es á la hora de comer; contestó el chino llevándose á la boca una pata de langosta—á ver ¡Violeta! dijo luego—otra botella de vino de Chao-Chigne.

En este momento noté que me miraba el filósofo como con cierta curiosidad, y que enseguida apartaba de mí su vista.

—Qué lástima que ese hombre no diga algo; pensé—pues no sé por qué creo que su conversación ha de ser interesante.

Pero comprendí que no quería intervenir en la nuestra y por lo tanto yo tampoco me atreví á dirigirme á él buscando para hacerlo un pretexto cualquiera.

—Tiene razón el capitán; dijo Maryland—la cuestión es comer y dejarse de pensar en las estrellas... Ahí teneis la prueba de lo que digo...; ¿sentís cómo llueve...? pues bien, eso lo hacen las nubes para que no perdais el derecho á vuestros platos por tan solo el capricho de ver un eclipse.

El filósofo, á quien yo no perdía de vista, hizo un gesto de disgusto al oír así explicarse á Maryland, pero llevóse á la boca una

pata de paloma remojada en almibar de naranja, continuó comiendo en silencio y yo perdí ya la esperanza de oír su voz.

—Pues podeis creerme; dijo Vernier—de buen grado perdonaría algunos platos por tener el gusto de observar la luna.

—¡Bah!... ¡á la luna! no creo que en ella haya nada de notable que admirar... Si se tratara del sol, pase, pues al fin y al cabo sirve para darnos luz y calor; pero la luna...; ¡bah! eso no sirve para nada.

—Te equivocas Maryland; dije yo—la luna, lo mismo que todo lo que Dios ha creado, tiene una misión importante que cumplir. La luna es la compañera utilísima de la Tierra, en cuanto á la mecánica celeste se refiere; ella regulariza los movimientos oscilatorios de nuestro globo; nos es útil para la vida astral de nuestro planeta, para nuestra meteorología aun bastante misteriosa y por último para la iluminación de nuestras noches.... La luna, aunque pequeño satélite, no deja por eso de ser tan digna de estudio como lo es el sol y como lo son los grandes astros que brillan en la bóveda celeste...

—Bueno, bueno; perdona querido Blane—no era mi intención ofender á esa señora. Dile que me dispense...

En este momento arreciaba la lluvia y al azotar esta los cristales del tragaluz de la cámara, se producía un estrépito terrible.

No había pues, para qué pensar en el eclipse que de ningún modo podría ya ser visto y se cambió de conversación. Siguió la cena sin incidente alguno y cuando terminamos con los treinta platos que constituían el menú, daban las once en el reloj de cuco. Tomamos el thé y el capitán saludando, dió por terminado el importante acto que había presidido.

Uno de los primeros en levantarse de la mesa fué el Sr. Li-tai. Estuvo unos minutos dentro del camarote del capitán y después cruzó el comedor acompañado del criado, y se encerró por último en su camarote.

Maryland, el francés y yo, quedamos paseando y hablando en la cámara.

Mas de pronto, y cuando aún no hacía diez minutos que vimos encerrarse al señor Li-tai abrióse la puerta de su camarote y salió por ella el criado.

Este se detuvo un momento como buscando á alguien. Luego, al distinguírnos, se adelantó á nosotros y con gran sorpresa nuestra nos dijo en inglés.

—¡El señor Duque de Blane!

—Yo soy; contesté.

—¿Y el señor Vernier?

—Aquí estoy; ¿qué deseais?

—Deciros; repuso el chino—que el muy honorable é ilustre hijo del cielo, señor Li-tai, Chin-lou, Kin-lo-lai, Chen-say, Tai-Moa, profesor de filosofía de las Universida-

des de Pekin, Cantón y Kiang-sou, socio honorario de los Institutos Geográficos de París, Londres, Nueva-York, Madrid, Roma, San Petersburgo, Constantinopla, Yedo, y Melbourne, y de los observatorios astronómicos de Greenwich, París, San Fernando, Sidney y Melbourne, tiene el gusto de invitar á ustedes á entrar en su camarote con objeto de hacerles una proposición.

—¡Zounds!—exclamé yo sin tratar de disimular mi sorpresa.

—¡Parbleu!—dijo el francés no menos sorprendido.

—Acepto la invitación; dije yo—monsieur Vernier, ¡entremos en el camarote....!

Y dejando á Maryland con la boca abierta entramos el francés y yo en el departamento que ocupaba el señor Li-tai.

Este, que se hallaba sentado en un diván, se levantó y adelantóse en seguida á nuestro encuentro.

—Ante todo, señores, nos dijo en correcto inglés—¿es vuestro amor á la astronomía tan grande, que por ella seriais capaces de exponer la vida?

Esta pregunta, tan rara como inesperada, lo confieso, me dejó aturdido y al pronto no supe cómo contestarle, pero al fin dije:

—Si señor.

—¿Y vos?

—También; contestó el francés.

—Está bien, sentaos y escuchadme; dijo entonces el filósofo mostrándonos unas butacas que estaban próximas al diván—los aficionados á la ciencia, pero verdaderos aficionados por amor á ella y no por especulación, son difíciles de encontrar y á no haberse ustedes puesto en mi camino, renunciaría á buscarlos. Necesito quien me ayude en una empresa y considero á ustedes dignos de ayudarme. Se trata de hacer un viaje de mucha importancia; ¿quiéren ustedes acompañarme en él?

—¡Oh! me atreví á decir—hombres más sabios que nosotros no faltan en el mundo, y yo por mi parte, me considero indigno, por lo tanto, de ayudaros en cosa que sea de alguna importancia.

—Os engañais, señor duque; me contestó el filósofo—sé que este señor; dijo señalando á monsieur Vernier—es representante de una casa de comercio de París, cosa que en nada se relaciona con la astronomía y sin embargo este señor es entusiasta aficionado de dicha ciencia. Usted es independiente por su elevada y desahogada posición y sin embargo de no serle necesarios ni el estudio ni el trabajo, hace cuanto puede por ilustrarse... y esto ¿en qué consiste?... Es muy sencillo. Consiste en que vuestro espíritu grande y amante de lo sublime, no acierta á vivir encerrado dentro de los límites de lo conocido y vuela, por esto, por los espacios en busca

de emociones extraordinarias y grandiosas. Sabios y astrónomos distinguidos hay muchos en el mundo, no os lo niego, pero almas superiores y espíritus amantes de lo sublime y lo desconocido hay muy pocos. Hombres verdaderamente estudiosos y científicos hay muchos, pero esa ciencia y ese estudio representa para ellos una especulación, y esta sola basta para destruir la grandeza de esa ciencia que se encierra en sus cerebros. Esos sabios que viven de su sabiduría no son sabios, son especuladores. Vosotros no sereis quizás tan sabios como ellos, pero lo poco que tengais de sabios, es verdad. Sois aficionados á la astronomía, la ciencia por excelencia de las ciencias y teneis por lo tanto amor á lo más grande, á lo más sublime y á lo más hermoso en que el cerebro humano puede ocuparse. Amais la obra de Dios por su grandeza; tratais de acercaros á la verdad subiendo y alejándoos por lo tanto de lo ruin y miserable y así es como se llega á Dios. La creación es inmensa, no solo inmensa, infinita y nuestra tierra, nido de orgullosos, necios, embusteros y envidiosos, no es en el espacio ni lo que el grano de arena es en extensa playa. El libro de Dios está abierto en los espacios; cada uno de los brillantes astros que en él se balancean, son otras tantas letras de ese libro que para la humanidad apenas es comprensible y yo os animo á que lo delecteis. Estudiad, estudiad en él; dejad que vuestro pensamiento corra por los espacios sin fin y dejad...

Al llegar á este punto el filósofo, se detuvo quizás arrepentido de haberse extendido tanto en su discurso y cambiando su tono, un tanto entusiasmado, por otro más en calma, dijo:

—Y bien, señores, os repito que voy á emprender un viaje; ¿queréis venir conmigo?

—¿Un viaje? dijo el francés—ó yo soy muy torpe, ó en vuestras palabras hay, señor Li-tai, algo incomprensible. Ignoro, desde luego, cual es el objeto de vuestro viaje, mas ¿no os parece más natural que debiera acompañaros en él alguno de esos intrépidos viajeros que han hecho expediciones al Polo, á las islas de la Oceanía, ó á las regiones del centro de Africa? ¿en qué puede seros útil en un viaje, nuestra afición á la astronomía?

—Verdaderamente que tiene razón—pensé yo—¿será posible que....?

—¡Oh!—dijo el filósofo—¿es que ustedes no se figuran á qué clase de viaje les invito?

—Vos direis, contestó el francés.

—Pues bien, señores, se trata de ir á Júpiter....!

A estas palabras siguió un momento de silencio.

—¿A Júpiter?.... ¿al planeta? exclamó al fin estupefacto el joven francés.

—Sí, á Júpiter, al planeta gigante del sistema solar... ¿teneis miedo quizá de ir á él?

Monsieur Vernier me miró asustado y en su mirada creí adivinar su pensamiento. Era indudable que el joven consideraba que se las había con un loco.

—¿Miedo? dijo después de un momento de vacilación—no, señor Li-tai; yo prometo acompañaros; sí, iremos á Júpiter... pero veo que os estamos molestando demasiado... tal vez estareis cansado y... descansad señor Li-tai... ya hablaremos... adios...

Y así diciendo el francés, se levantó de la butaca y se dispuso á salir.

El filósofo clavó en él una mirada terrible en la que el odio y el desprecio salían á borbotones y después de haberle mirado de arriba abajo retiró de él la vista y se encaró conmigo.

—Y vos, señor duque, ¿qué contestais? me dijo.

—¿Yo?... que lo pensaré.

—Está bien, pensadlo; vivo en Shanghai, y allí os será fácil encontrarme para decirme lo que habeis resuelto... ahora... ¡salid! nos dijo á los dos poniéndose de pies y señalándonos la puerta.

CAPÍTULO II.

UN POCO DE MECÁNICA.

A la mañana siguiente, llegamos á Shanghai.

Y como dieran las cuatro de la tarde y aún no me hubiera yo movido de la butaca de mimbres en que me senté al entrar en el gabinete que tomamos en el Hotel Britannian en el barrio inglés, me dijo mi hermano.

—Querido Blane, no pienses más en ese chino del demonio y procura distraerte; mira, en el muelle he leído el anuncio de la función que hay esta noche en el Su-Chen-Sa-lim-lo Theatre y yo te aconsejo pidamos la comida para después ir á presenciar los disparates que hacen estos chinos en sus teatros. El título de la obra es interesante «*La mujer forzada ó los amores de un antropófago.*»

—Pues bien, mi querido Maryland, come tu y vete después al teatro; yo por mi parte, saldré á ver al señor Li-tai tan pronto me traigan noticias de donde vive.

—¡Blane!... ¿sigues en esa idea?

—Sí.

—¿Pero no sabes que ese hombre es un loco?

—No lo sé y para salir de la duda, deseo verle.

—Haces mal, querido Blane, la locura de ese hombre me parece, sobre todo para ti, muy peligrosa... pensar en un viaje á Júpiter...

¡oh! se necesita ser loco de remate para pensar en semejante cosa... por Dios, Blane, no pienses en ese hombre... ¡olvídale!...

—¡Imposible!... me he propuesto hablar con él y yo te aseguro que con él hablaré.

—¿Sí? me dijo Maryland dando una patada en el suelo y rompiendo en mil pedazos el periódico que tenía en las manos—pues bien, vete á verle y yo iré contigo... pero ay de él... te advierto que si se propasa se oirá en Júpiter la bofetada...

Y Maryland, que aunque generalmente de voluble carácter, no lo era sin embargo cuando se trataba de demostrarme su cariño, dejó escapar algunas lágrimas y maldijo del sol, de la luna, de las estrellas, de los filósofos y de los astrónomos.

Pero yo no le hacía caso y, por el contrario, esperaba impaciente tener noticias del paradero de Li-tai para ir enseguida á verle. Mientras tanto dejaba pasar el tiempo y daba rienda suelta á los pensamientos de mi calenturienta imaginación. En mi delirio creía verme ya lanzado en el espacio á impulsos de misteriosa máquina y me parecía que los doscientos millones de leguas que nos separan de Júpiter era una distancia apenas digna de tomarse en cuenta. Ya veía balancearse al majestuoso globo, cuya envoltura gaseosa y cargada de espesas nubes, me hacía pensar en las formidables tempestades que allí deben descargar con ímpetu espantoso. Mi imaginación no se paraba en Júpiter, pues de este planeta pasaba luego á Neptuno el más lejano del sistema solar y después á la estrella α del Centauro que aunque la más cercana á nosotros, no nos separa de ella sin embargo una distancia menor de ocho billones de leguas. Luego me parecía volar hasta llegar á las 61 del Cisne, á Wega, á Sirio, á la Polar... y á la Cabra que dista de nosotros nada menos que ciento sesenta billones de leguas..... Yo me perdía en el espacio sin límites.....

Pero de pronto mi meditación quedó interrumpida por la entrada de un camarero que me presentó una carta en una bandeja de plata.

—Para el señor Duque de Blane; dijo.

Presumí desde luego que aquella carta era del filósofo. Rasgué el sobre, saqué de él una tarjeta bastante grande de papel de arroz y escrita con tinta de oro, y leí en ella lo siguiente:

«Señor Duque: Soy filósofo, y no en balde he pasado mi vida estudiando á la humanidad. Sois el que busco; no así vuestro amigo el joven francés de quien no hay ya para qué hablar, pues, lo mismo él que la casi totalidad de los hombres, no me inspiran sino desprecio. Es muy frecuente que los hombres de alcances limitados juzguen de

locos á los que lanzan algún pensamiento atrevido. Pero vos no estais en ese caso y por lo tanto, os invito á mi yamen donde celebraremos una entrevista y os hablaré un poco de la mecánica. Si aceptais mi invitación, podreis hacer uso de mi silla de manos, la que, desde luego, os espera á la puerta del hotel. Vuestro, el filósofo.—Li-tai.

—¡Magnífico! exclamé reanimado.

Yo, la verdad, no hubiera del todo asegurado que el señor Li-tai no fuera un loco, pero como no sé por qué raro presentimiento me figuraba que no lo estaba, ya no deseaba otra cosa sinó verle y salir así de la duda.

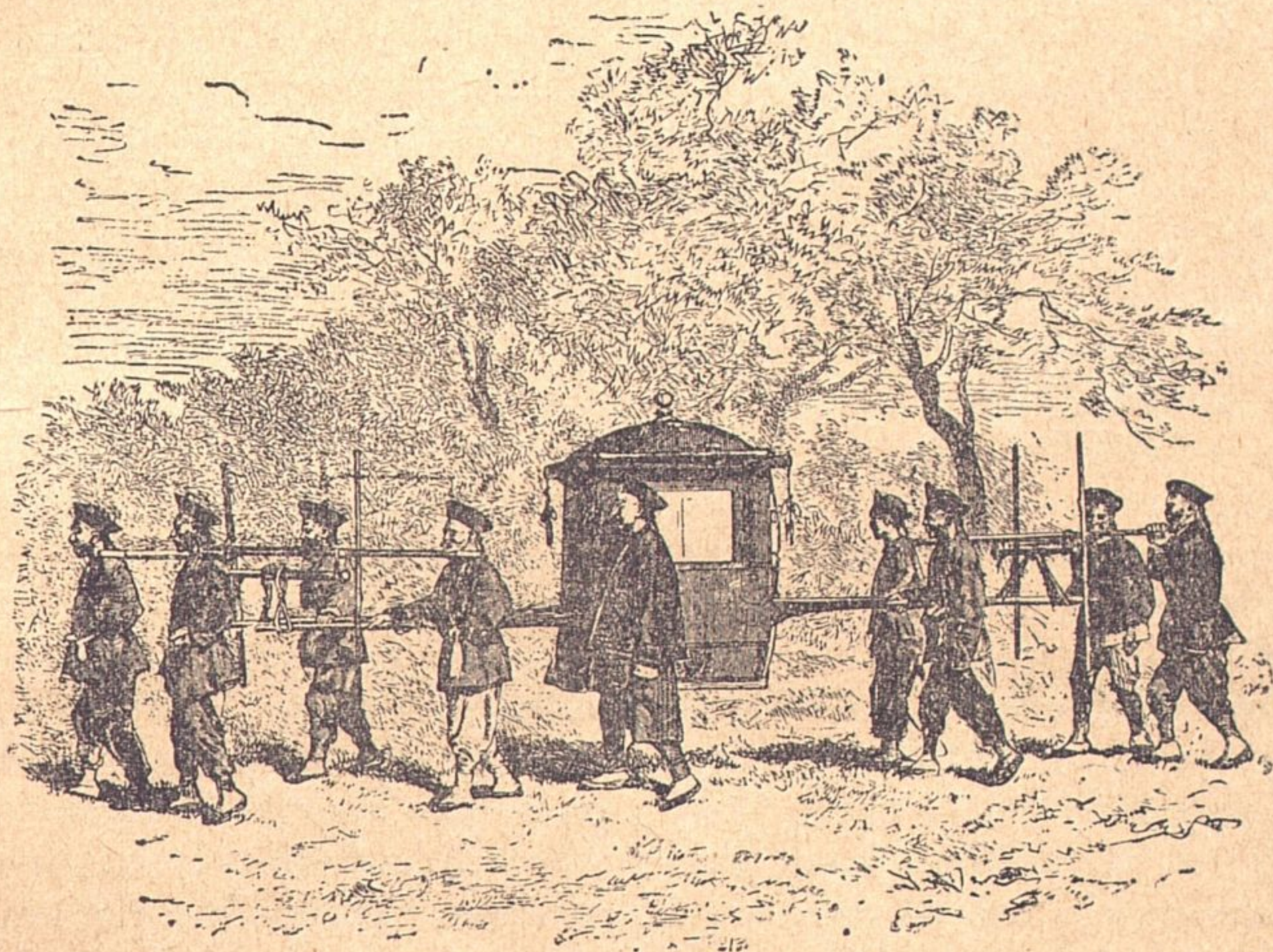
—Maryland—dije—el señor Li-tai me llama... y voy á verle.

—¡Blane!

no ó donde quiera... y que si vuelve á ocuparse de mi hermano, haré que todas sus muelas vayan á filosofar por los espacios... y tu, ahora por lo pronto, toma... ¡largo de aquí tunante!....

Y como Maryland, al decir esto, se dispusiera á dar de puntapies al pobre chino, tuve yo que intervenir en la cuestión.

—Maryland, dije á mi hermano,—suelta á ese hombre y no le culpes de nada... además, ¿por qué no ir yo á ver al señor Li-tai...? ¿quién ha dicho que está loco...? ¿no sabes tu que los necios son los más propensos á tomar por locos á los hombres superiores..., y que tu, por lo tanto, no puedes decir que el señor Li-tai sea un loco?... ¿querrás hacerme creer que tu eres un necio?



.....salimos de la ciudad al campo.....

—Nada, estoy decidido... á ver camarero... ¿quién ha traído esta carta?

—Este servidor vuestro; contestó una voz que no era sino la de Kao, quien esperaba á la puerta y que habiendo oído mi pregunta, entró de pronto en mi habitación.

—Está bien, marchemos... ¿Vienes conmigo, Maryland?

—Sí, voy contigo, pero ya sabes... en cuanto se propase...

—¡Oh! hermano mio, te advierto que si el señor Li-tai marcha á Júpiter, yo marchó también con él.

—¡Basta!—gritó irritado mi hermano—de aquí no sales—y se plantó delante de la puerta—si el señor Li-tai está loco, no quiero que tu también lo estés; dijo.

—Y tu, chino maldito; agregó luego agarrando á Kao por la coléta—le dices á tu amo que se vaya solo á Júpiter, al infier-

—Es verdad, querido Blane—todo esto no ha sido más que una broma; salgamos..... quién sabe si aun el señor Li-tai nos hará pasar un buen rato.

—Perdonad, señor Kao, ¿no es así como os llamais? dijo luego Maryland, cuyo mal humor, había sido repentinamente reemplazado por un tono algo burlesco—el señor Li-tai es indudablemente un sabio... ¡oh! ¿quién lo duda? marchemos...

Y unos segundos después entrábamos Maryland y yo en la silla de manos y esta se ponía en marcha conducida por ocho robustos chinazos. Seguimos á lo largo de la Avenida del barrio inglés, salimos de la ciudad al campo y después tomamos uno de esos caminos empedrados que tan frecuentes son en el Imperio chino.

El criado Kao marchaba á pié próximo á nosotros y cuidaba solícito poder sernos útil en algo.

Nuestro carruaje constituía una verdadera obra de arte. Era de madera de eucalipto llena de incrustaciones de oro y nácar y su interior estaba forrado de seda color grana bordada de sedas de mil colores. En el techo y bordada en amarillo sobre fondo verde, se destacaba la cruz de San Andrés del imperio de las flores.

Antes de media hora veíamos á lo lejos y derecha del camino una gran arboleda entre la que se destacaban algunos edificios y señalándola Kao con el dedo, nos dijo:

—El Yamen de mi señor.

—¡Oh! buena parece la granja de tu amo; contestó Maryland para quien, en aquel momento, ya todo era solo cuestión de broma—dime, ¿has estado alguna vez en Júpiter?

—No, pero estaré dentro de unos días.

—En Júpiter... ¿eh?... y dime, mi buen amigo, ¿has estado en el sol?... ó piensas quizás hacerle algún día una visita?

—Aún no he estado en el sol... pero iré á él cuando mi amo lo disponga...

—¡Oh! el señor Li-tai debe ser un sabio extraordinario; me dijo á mi Maryland—eso de poder ir al sol y no quemarse, es verdaderamente sorprendente.

—Señores, nos dijo Kao después de un rato—están ustedes en su casa.

Y nos bajamos de la silla de manos.

Entonces vimos que el Yamen, ó granja, del señor Li-tai, era soberbia y no miento si digo que me dejó asombrado. Vi árboles altísimos, estatuas de mármol blanco que representaban ídolos y seres monstruosos, fuentes con caprichosos surtidores, pabellones pintadas sus fachadas con mil colores, y rematados en tejados de forma fantástica y hechos con ladrillos labrados con finos arabescos... Aquella era una digna mansión de un verdadero hijo del cielo.

Kao nos hizo entrar en un pabellón al que daban acceso algunos escalones de mármol blanco, pasamos varios salones y corredores, cruzamos numerosos patios primorosamente adornados con plantas raras y fuentes caprichosas y por fin entramos en un gabinete rica y fantásticamente decorado.

—Mi señor vendrá aquí á saludaros; nos dijo Kao quien enseguida desapareció.

Maryland y yo estábamos aturdidos.

—Sí, pero apesar de todo esto, no será verdad eso de ir á Júpiter; me decía Maryland quien apesar de toda su informalidad y poca fé en lo que decir pudiera el señor Li-tai, empezaba á sentir algún temor de equivocarse—qué tontería, sí que será muy rico y muy sabio, pero eso de ir á Júpiter... ¿no te parece, Blane?

Y como el señor Li-tai no pareciera por ninguna parte, nosotros nos pusimos á curiosar mientras tanto, todo lo que había en el gabinete. Vimos paredes de cristal traspas-

rente y pintado con pájaros y flores, sillas caprichosas hechas de barro y porcelana, lámparas fantásticas, mesitas de laca negra, columnas de marfil incrustado con oro que sostenían divinidades chinas, muebles riquísimos, colgaduras de gasa, jarrones de porcelana, divanes, pebotos que inundaban de olores riquísimos el aire, sillas con coginetes, espejos que desde el suelo llegaban hasta el techo...

—Magnífico; dije á mi hermano—bien se puede ser filósofo en medio de tantas bellezas.

Pero Maryland no me contestó.

Era que en aquel momento vió al señor Li-tai en el centro del salón, sin haberse apercibido de por donde pudiera entrar y la sorpresa le impedía hablar.

El filósofo nos hizo una inclinación de cabeza, se sonrió y tomando asiento en uno de los divanes nos invitó á imitarle.

—Y bien señores, nos dijo: ¿están ustedes dispuestos los dos á ir á Júpiter?

—Sí, contesté yo.

Maryland no se atrevía á contestar y me miraba asustado.

—Está bien, dijo el filósofo—pero como aun no es la hora de partir, pues son las seis y no marchamos hasta las ocho y dos minutos de la noche del reloj terrestre, tenemos tiempo de hablar. ¿Os gusta la mecánica?

—Sí, contesté.

—¿Sí? pues bien, decidme, ¿sabeis lo que es la gravedad?

—Sí, dije yo—la gravedad ó gravitación, es una de las seis maneras en que puede verificarse la atracción; esta puede ser por gravitación, afinidad, cohesión, electricidad, química y capilaridad.

—Muy bien, dijo el filósofo satisfecho de mi respuesta—ahora bien, concretándonos á la gravitación ó caída de los cuerpos pesados, ¿sabe usted cómo se ejerce la fuerza de atracción?

—Sí, de igual manera que un imán atrae hácia sí las partículas del hierro.

—¿Y conoceis algún medio para evitar que un cuerpo abandonado caiga á la superficie de la tierra? ¿conoceis algún agente mecánico, eléctrico, químico, sólido ó gaseoso que sea capaz por sí solo de hacer que un cuerpo pesado, sea la que quiera la materia que le constituya, quede libre de esa atracción?

—No, lo confieso; contesté—es más, yo creo que no exista.

El filósofo se sonrió.

—Pues bien, siguió diciendo—los cuerpos se dividen en ponderables é imponderables, los primeros son los que pueden sujetarse á la medida por ínfimo que sea su volumen y los segundos, los que por su tenuidad suma quedan fuera de la apreciación de nuestros sentidos. El único cuerpo imponderable es el éter, cuya existencia se manifiesta por medio

de la radiación solar. El éter llena toda la inmensidad de lo infinito. El éter es la materia que ha servido á Dios para la formación de los billones de trillones de planetas, soles y nebulosas que se extienden hasta aún más allá de donde nosotros podamos pensar. El éter, lo mismo que ocupa los espacios en que giran los mundos, también penetra en las entrañas de la materia. Circula en los espacios moleculares y atómicos con la misma facilidad que lo hace en los interplanetarios y puede decirse que él lo llena todo. El éter es lo único que tiene algo parecido á Dios, pues está en todas partes... Pero volvamos á la dinámica; las fuerzas para actuar, necesitan algún medio por donde trasmitirse. Unas se trasmiten por medio de mecanismos, otras por los gases, los líquidos y los sólidos. Pero sin embargo, hay fuerzas que aún prescindiendo de estos medios ya nombrados no por eso dejan de trasmitirse y estas son el calor, la luz, la electricidad y las fuerzas de atracción. Ahora bien, suponed que la atmósfera no existiese. Los cuerpos pesados no dejarían por esto de caer. ¿Y en qué consiste? Pues en que esa fuerza de atracción se trasmite por el éter y no por el aire, y en resumen, en que esa fuerza, que á veces solo actúa sobre un cuerpo insignificante, se trasmite en igual forma que las formidables fuerzas de la gravitación universal.

Maryland me miraba asustado, pues jamás pensó pudiera hablarse de semejantes cosas.

—Pues bien, seguía diciendo el filósofo—suponed que el éter también desapareciese. ¿Qué ocurriría?... ¡Oh! al cesar de existir el éter, cesarían también toda función y toda vida. La atracción, la repulsión, la afinidad, la cohesión... cesarían como por encanto y el Universo quedaría paralizado, muerto. La constitución de los líquidos, los sólidos y los gases cambiaría de tal forma, que el estado de todos los cuerpos sería nno solo y tanto costaría disgregar, si haber pudiera quien tal cosa hiciese, la masa de una tonelada de plomo como la de un montoncillo de polvo menudo. Rotas las trabas que sujetan y repelen entre sí á los átomos, la materia perdería todas sus propiedades y el efecto sería el mismo, por lo tanto, que si dejase de existir. En una palabra, que sobrevendría el horrible caos, la no existencia, la nada. Ved, pues, señores, si el éter juega un papel bien importante en la creación.

—En efecto, dije yo, que esperaba ansioso el desenlace de todo aquello.

—Pues bien, escuchadme, siguió diciendo el filósofo—ahora voy á tomar el asunto en otro sentido... Suponed que una sustancia, del tamaño y forma que queráis, pudiera ser insensible á todas las fuerzas conocidas, ó mejor dicho, que una masa desconocida no

solo en nuestro globo y hasta en nuestro sistema solar, sino también en el Universo todo, que concebimos, tuviera las siguientes propiedades. Sometida al calor no se dilata y si al frío, no se contrae. Si se introduce en un horno cuya temperatura es de dos mil grados centígrados y luego es sacada fuera de él, no se nota en ella la menor señal de calor. Si se trata de atacarla por los ácidos, resulta invulnerable. Sometida á los esfuerzos de la sierra, hace saltar los dientes de acero de ésta, sin que la materia se haya deformado lo más mínimo. Golpeada con el martillo, no produce ruido. Para la electricidad, es un aislador absoluto. Los cuerpos colocados sobre ella, no pesan. Si se la suelta en el aire, no cae. Si se intenta introducir en ella un clavo impulsado por una fuerza potentísima, el clavo se hace pedazos ó se aplasta y en la superficie de esa sustancia misteriosa no se nota la menor huella. Sometida á la flexión, á la torsión y al cizallamiento, resiste todas las fuerzas por grandes que sean y no se indica alteración en su forma. Si se la sumerge en el fondo de un depósito lleno de agua ó de mercurio, no sube á la superficie y si se la coloca en la superficie, no se va al fondo. Puesta en una balanza no acusa peso. Si se trata de medir su temperatura, resulta que no hay termómetros que puedan marcarla por no descender sus columnas lo bastante bajo cero y quedar solidificados tanto el alcohol como el mercurio. Al tocarla se experimenta una sensación horrible de frío. Arrojada con violencia desde una altura, se detiene tan pronto como ha perdido el contacto con el agente mecánico. No adquiere velocidad; y por lo tanto tampoco fuerza viva. Si se le impulsa hácia arriba, sucede lo mismo. A través de su masa, no circula ni el calor, ni el sonido, ni la luz, ni la electricidad. No vibra, no se disgrega, ni se deforma. La luz se refleja íntegra en su superficie tersa como la de un espejo. No tiene color; pues al no tener poder absorbente, rechaza toda la luz que le rodea. Tiene volumen, posee la propiedad de la impenetrabilidad y por esto puede decirse que existe. Pero su existencia, parece solo la existencia del frío de la muerte que reina en los abismos insondables en que el Creador del Universo no ha querido colocar su mano bienhechora... Pues bien, tal es la sustancia que someto á vuestro juicio... ¿Creeis que en su masa circula el éter? No... Y al no circular el éter, ya comprendereis que tampoco pueden circular las fuerzas. Esta sentencia es por lo tanto un aislador universal.

—Lo sería si existiera, me atreví yo á decir—esa materia está reñida con las leyes universales y por lo tanto no es posible concebirla.

—¿Por qué? exclamó exaltado el filósofo—

¿qué entendéis por leyes universales y por universo?... ¿queréis decírmelo?

—Si señor, las leyes universales son las que mantienen la vida y el equilibrio de las esferas que se mueven en el espacio y estas son las que constituyen el universo.

—¡Oh! ¡pobre universo! contestó el filósofo mirándome como con lástima—y pobre Supremo Hacedor que solo crea esferas que giran en el espacio... Es verdad, eso es lo que generalmente se cree en la Tierra. Pero en la Tierra se tiene de Dios una idea muy pobre... Ese universo, amigo mío, formado por algunos cuatrillones de quintillones de mundos y cuyo confin apenas alcanzamos á concebir, no es, ni con mucho al universo absoluto, lo que las moléculas de un grano de arena son á las moléculas que encierra el sol. Entre el mundo de los átomos y el mundo de las estrellas no hay diferencia esencial... En ese que vosotros llamais universo, sí que es verdad que cada estrella ó mejor dicho cada molécula tiene la forma esférica, pero más allá, mucho más allá, pero mucho más... ¿por qué no suponer que haya mundos, no solamente no esféricos, sino tampoco cúbicos, prismáticos y octaédricos... y sí, de otras formas que nosotros no podemos imaginar...? ¿Por qué, no suponer, que las leyes que rigen esos mundos sean distintas de las leyes que conocemos y que su materia tenga también propiedades diferentes de la que está al alcance de nuestra investigación...? ¡Oh! porque hay un plan general en todo lo creado... me diréis seguramente. Pero esto no quiere decir nada. Un plan general no implica el que todo lo creado sea uniforme, ni esté sujeto tampoco á condiciones idénticas. El poder de Dios es eterno é ilimitado, y por lo tanto, su obra ha de ser también ilimitada, tanto en extensión y tiempo, como en manifestaciones externas y variedad de leyes y propiedades que rijan la materia... Así pues, la sustancia de que os hablo podrá sí ser incomprendible, dadas las leyes que conocemos, pero, suponed que esas leyes cambiaran, y esa sustancia, tendría diferentes sus propiedades entonces. De ser sustancia muerta, pasaría á ser sustancia en acción... Ahora bien, ¿cómo es que esa materia refractaria á nuestras leyes se encuentra en el globo que habitamos...? La pregunta es muy justa. Por la casualidad...

La tierra debe su materia á la del sol, este á la de otro, este á la de otro... y así sucesivamente. ¿Sabe alguien el origen? No. Y por lo tanto tenemos que conformarnos con decir; en la Tierra, existe una cierta sustancia agena por completo á nuestras leyes físicas, mecánicas y químicas; pero, ¿de dónde ha venido? .. ¡no lo sabemos...!

El filósofo se detuvo un momento.

—¿Dudais aún?—me dijo—pues bien, an-

te la evidencia, no hay por qué discutir y por lo tanto seguidme; dijo luego poniéndose de pié.

—Muy bien, muy bien, observó Maryland á quien no le llegaba la camisa al cuerpo—señor Li-tai, ¿á qué hora sale el tren para Júpiter? ¿No habeis dicho que á las ocho y dos minutos?

El filósofo envolvió á mi hermano en una mirada terrible y ví que el pobre muchacho temblaba, apesar de su interés en aparecer tranquilo y hasta burlón—lo digo, agregó vacilando—porque teníamos que arreglar algunos asuntos en Shang-hay y aún podríamos volver á tiempo...

Mi hermano sudaba.

—Sois muy dueño de hacer lo que queráis, contestó el filósofo volviéndole la espalda. Abrió luego una puerta que estaba oculta con un espejo, nos enseñó unas escaleras que ascendían en caracol y subiendo él, el primero por ellas, me dijo.

—Señor duque de Blane, seguidme.

Maryland se mordió de rabia los labios al ver que yo también empezaba á subir y entonces me dijo con tono compungido.

—Blane, querido Blane... ¡escapemos!... ese hombre me dá miedo... no quiero verle más...

—Pues escapa, querido Maryland, escapa.

—¡Oh! ¡sin tí!... nó, eso nó...

Y Maryland siguió subiendo tras de mí.

Por fin terminamos de subir y nos encontramos en un departamento circular, verdaderamente extraño y en cuyo techo me pareció distinguir la presencia de un espejo, pues todos los muebles y objetos se reproducían inversamente á partir de cierta altura. Sin embargo, no había tal espejo. Noté que nuestras imágenes no se reproducían.

En el centro de aquel departamento, que medía de diámetro unos doce metros, y concéntricamente con él, se hallaba otro también circular que tenía varias puertecitas, que como es consiguiente, comunicaban con el anillo circular que quedaba libre y en el que en aquel momento nos hallábamos nosotros.

Vi que á lo largo de aquel anillo y adosado al perímetro mayor, se extendía un diván.

El filósofo nos invitó á tomar asiento y así lo hicimos mi hermano y yo.

Entonces, Maryland miró cuanto le rodeaba y no trató de disimular su sorpresa. Sin embargo, no llamó esto mi atención pues, ¿por qué no decirlo...? á mí me sucedía lo mismo.

—Señores, nos dijo el filósofo—escuchad... en el reloj terrestre dan las siete y media... hora ajustada al meridiano de Pekin... solo falta media hora y dos minutos para que emprendamos el viaje.

En este momento entró Kao en el salón, colocó delante de nosotros una mesita en la que había servido varios platos de dulce y algunos licores, y después desapareció por una de las puertecitas del departamento central.

—Comed, señores; nos dijo el filósofo con un tono tan afectuoso como jamás nos había hablado—comed lo que más os guste y mientras tanto escuchadme.

Como yo tenía bastante apetito, pues no había probado bocado desde las diez de la mañana, me serví una buena ración de dulce de flor de naranjo en una bandejita de oro y me dispuse á escuchar al filósofo.

—Ya sabeis; dijo—que el peso de los cuerpos se obtiene multiplicando el número que representa su masa por el valor de la aceleración debida á la gravedad. Pero ¿qué nos importa que este segundo factor sea por ejemplo de $9^m,8088$ en la Tierra, de $10^m,68$ en Saturno y de $25^m,012$ en Júpiter... si yo puedo fácilmente anularle y reducir, por lo tanto, á cero el producto de los dos?... No es esta la cuestión... Pues la dificultad del peso ya está vencida por medio de ese aislador á través de cuya masa no circula el éter y cuya propiedad me pertenece por una de esas casualidades.

—Es verdad; dije—¿y dónde le encontrásteis?

—Incrustado en un enorme bloque de mármol negro procedente de una de las canteras de los Montes Celestes.

—¡Diablo! observó Maryland—¿de los Montes Celestes había de ser!... es decir, ¿que os ha caído como llovido del cielo!

—Precisamente; del cielo ha venido... pero no sé de qué parte del cielo. Sin embargo, lo que sí puedo aseguráros es que ha venido de muy lejos, pero de muy lejos...

—¿Por qué? preguntó Maryland quien sin duda empezaba ahora á familiarizarse con el filósofo.

—Que ¿por qué? pues, porque su masa es agena al éter y porque dominando este, como domina, hasta una distancia para nosotros inconcebible, es preciso que ese cuerpo de que os hablo, haya venido de una región tal, en que la naturaleza se manifieste de muy distinto modo del que nosotros conocemos.

—Está bien, y venga de donde venga; ¿es con esa piedra ó lo que sea, con lo que habeis hecho el tren para Júpiter?

—Sí.

—Pues bien, señor Li-tai, hacedme el favor de no hablar más del éter ni de los átomos y llevadme á la estación. Tengo ganas ya de ver ese tren... ¡ah! pero, ¿y nuestros equipajes?... señor Li-tai, dejadnos... aún tenemos tiempo de ir á Shang-hay y volver á tiempo...

—No os apureis amigo mio; vuestro equipaje está instalado ya en el tren.

Maryland se mordió los labios.

Y yo, por más que pensaba en por qué aquél hombre tan misterioso se iba mostrando cada vez más complaciente, no acertaba á comprenderlo.

Entonces me ocurrió pensar en estas tres cosas: primera, ese tren de que nos está hablando, debe ser esta misma habitación; segunda, mi hermano, aunque no lo haya sospechado, teme que en efecto exista ese tren y trata de ponerse algunos kilómetros de distancia de este filósofo y tercera, este, trata de entretenernos con sus explicaciones á fin de proporcionarnos luego una sorpresa.

El filósofo siguió diciendo—prescindamos por lo tanto de la gravedad pues que esta fuerza ya está vencida y sigamos estudiando el problema de viajar por los espacios...; para moverse, es preciso disponer de una fuerza que produzca el movimiento; ¿qué fuerza es ésta?... es muy fácil encontrarla. Esa fuerza, la tienen en sí todos los cuerpos celestes y yo no haré más que aprovecharla...

El filósofo se detuvo un momento para mirar al reloj.

—La luna, dijo luego—tardará aún tres horas en aparecer sobre nuestro horizonte sensible... Júpiter, asoma sobre él en este instante... Marte, se encuentra, respecto á nosotros, al otro lado del sol... la zona de los pequeños planetas que corren entre las órbitas de Marte y Júpiter, está libre de los trozos que atestiguan la destrucción de un mundo que fué, libre, se entiende, en la dirección que nosotros hemos de recorrer... Venus, Neptuno, Saturno... etc., planetas que pudieran influir en nuestra marcha, unos están muy lejos y otros en posiciones poco favorables para ejercer sobre nosotros su atracción... Júpiter, en cambio, está en su perigeo y á las ocho y dos minutos se hallará en su mínima distancia de la Tierra... hay que aprovechar pues la ocasión, que no volverá á presentarse en el trascurso de más de dos siglos...

Por lo tanto, preparémonos para ir á Júpiter... al mundo donde se verifican los más curiosos fenómenos de óptica y de meteorología... al mundo de los gigantes... al mundo de la actividad y la inteligencia... al mundo, en fin, en que la fecundidad y la grandeza, tanto en lo espiritual como en lo temporal, son dignas de envidia para otros mundos del sistema solar...

El filósofo miró de nuevo al reloj.

Faltaban cinco minutos para las ocho.

Mi corazón palpitaba con violencia y Maryland mientras tanto se sonreía pensando tal vez que el filósofo se iba á distraer y dejaría salir el tren sin llevarnos á él.

—Siete minutos faltan; dijo el filósofo—

siete minutos, y nuestros cuerpos volarán por los espacios en busca de un mundo donde se sepa amar y admirar á Dios, mejor que lo hacemos nosotros aquí en la Tierra y...

En este momento se presentó Kao, retiró la mesa y desapareció de nuevo.

—Amigos míos, dijo el filósofo tras de un momento de silencio—aún tengo tiempo de explicaros lo que es ese tren en que hemos de viajar... Figuraos una esfera hueca, de doce metros de diámetro, hecha de marfil y recubierta exteriormente con una gruesa capa de amianto comprimido... figuraos que sobre esta esfera se coloca á modo de paraguas, una lámina aisladora, circular y del diámetro próximamente de la esfera... que esta lámina, está sujeta por unas palancas á un eje que atraviesa según un diámetro á la esfera... y por último, que este eje gira y en su rotación obliga á la lámina á descender hasta llegar á la parte inferior de la esfera...

Y así diciendo el filósofo, aplicó el dedo á un resorte que había en la pared, se oyó un ruido como de engranajes puestos en movimiento y volviéndose á nosotros, dijo:

—Atención, señores...

Eran ya las ocho y un minuto.

Mi hermano quiso huir previendo indudablemente alguna maniobra diabólica, pero con gran asombro suyo y también mio, se encontró de pronto suspendido en el aire.

Aquel ruido especial de engranajes, no cesaba.

Y un instante después, estaba también en el aire el filósofo y al poco tiempo me sucedía á mi lo mismo.

El misterioso filósofo nos había cogido de la mano y así unidos los dos á él nos fuimos elevando lentamente del suelo.

—Un abrazo, hermanos míos; nos dijo atrayéndonos hácia sí—ya no sois habitantes de la tierra, ¡no!... y dejad por lo tanto, que os ame.... bendecid á Dios, bendecid á la magnificencia de su poder Creador, bendecid á su infinita y eterna sabiduría... y dadle gracias, porque por algún tiempo os permitirá dejar ese ruin planeta, albergue de pecadores, y en su lugar, podreis habitar las regiones destinadas á los ángeles...

El filósofo nos estrechaba contra su pecho.

Yo estaba aturdido, lo confieso y apenas si la emoción me dejaba hablar.

Pero mi hermano en cambio estaba muy sereno, reíase con todas sus ganas y adoptando posturas estrambóticas y raras contemplaba hasta con admiración al filósofo.

—Esto es prodigioso; decía—henos aquí convertidos en santos que suben á los cielos y maldito si hemos hecho mérito ninguno para ello... ¡y pensar, señor Li-tai, que os había tomado por un loco y que creía yo que todo eso que hablábais de los átomos y

del éter era todo una tontería...! ¡oh! ahora os creo, sí, os creo y no me pesa; lo único que siento es que con todos estos experimentos que estais haciendo vamos á llegar tarde á la estación y no alcanzaremos el tren de Júpiter.

¿Decía mi hermano esto último de veras, ó hablaba en bromas?

No lo sé, ni entonces tuve tiempo de averiguarlo.

De pronto se oyó un chasquido como producido por un resorte potentísimo de acero; vi que, no sé si nuestros cuerpos, si las paredes del salón, ó si ambas cosas á la vez habían perdido su dirección de verticalidad y que después de parecerme que todo daba vueltas nos hallábamos sentados de nuevo sobre el divan, pero no en el mismo que anteriormente, sinó en el que igual á este vi antes en el techo y me hizo sospechar la existencia de un espejo. De todos modos y para cuando terminaba aquella maniobra, ya todo estaba otra vez como si nada hubiera sucedido.

—Ya estamos andando; dijo tranquilamente el filósofo.

Mi hermano lanzó un grito—pero ¿es este el tren? dijo luego.

—Sí, amigo mio, le contestó el filósofo.

—Ob y yo que esperaba estuviérais distraído y dejárais pasar la hora...

Sin embargo bien pronto le pasó la furia á Maryland. Se levantó del divan, abalanzóse á una de las ventanas y prorrumpió en exclamaciones de sorpresa.

—La tierra no está abajo, decía—está á un lado... ¡Blane ven aquí y mira...!

—Pues bien amigos míos; nos dijo el filósofo—yo me retiro... Kao os proporcionará cuanto necesiteis... y trascurridas que sean doce horas terrestres volveré á veros... adios amigos míos... os recomiendo que descanséis...

—Una pregunta, dije yo deteniendo al filósofo quien ya se dirigía hácia una de las puertecitas del departamento central—¿con qué velocidad corremos, mejor dicho, con qué velocidad empezamos á dirigirnos á Júpiter y con cuál llegaremos á él mismo?

—¡Oh! ¿es que teneis miedo nos estrellamos al terminar la caída? me dijo con gran flemma el filósofo—no, no tengais miedo... la velocidad de partida ha sido de doce metros y cuarenta y nueve centésimas en el primer segundo, pero la de llegada será la que á mi me convenga.. adios dormid tranquilos...

CAPÍTULO III

CAMINO DE JÚPITER.

Cuando desperté, ví que mi hermano estaba ya vestido y que apoyado en mi cama me contemplaba con interés.

—Querido Blane, ¿estás malo? me preguntó—durante el sueño has estado agitado, me has llamado varias veces diciéndome que caías...

—Es verdad, hermano mio, contesté—he sufrido una horrible pesadilla. He soñado que caía en un abismo sin fin; luego he visto monstruos horribles; pero en fin, estoy bueno; ¿qué hora es querido Maryland?

—Aquí, según dice el señor Li-tai, con quien he hablado hace un momento no es ninguna hora, pero en Pekin es medio día, anda vístete... ¡ah! tengo que decirte una cosa. ¿Te acuerdas de aquella maleta larga y redonda que trasportaba Kao cuando él y su amo se dirigían al Macao?

—Sí.

—Pues bien, aquello era un anteojo astronómico que llevaba el señor Li-tai para observar el eclipse de luna; me lo ha entregado y he estado observando el cielo... si supieras como se vé la Tierra... ¡pobrecilla...! pero vístete, anda... que el señor Li-tai dice que ya vamos á entrar en la región de los mundos liliputienses y sentirá que no veas un mundo del tamaño del Peñón de Gibraltar; no recuerdo cómo le ha llamado...

—Ya lo sé yo, Hestia, mundo insignificante, pues, apenas tiene legua y media de radio; voy á vestirme enseguida para verle, dije.

Y estimulado con aquella noticia, salté de la cama, me vestí y me lavé, pues en el pequeño gabinete en que había dormido no faltaba nada de lo que yo pudiera precisar, abrí una puertecita que daba acceso al pasillo anular y al entrar en este me encontré con el señor Li-tai que ya me estaba esperando.

—Venid amigo mio, me dijo—pues teneis poco tiempo que perder si deseais ver al pequeño planeta Hestia.

Y acercándome á una de las ventanas, quedé al pronto deslumbrado por efecto de la radiación solar que allí se manifestaba en todo su poder al cruzar los espacios etéreos, mas luego que fué pasando aquella impresión, un tanto dolorosa y ya pude mirar á través de aquel cielo sin límites é incoloro, descubrí á lo lejos y en lo alto, una esfera de un tamaño aparente, próximamente igual al que nos presenta nuestra luna.

Y entiéndase, que al nombrar la palabra alto, me refiero al alto ó al arriba respecto á nuestra posición particularísima de aquel mo-

mento, pues sabido es que en el espacio no existen ni el arriba ni el abajo y que estas dos palabras solo indican relación y no por lo tanto nada absoluto.

Pues bien, aquel globo que era en efecto el del planeta Hestia y que en unión de otros trescientos y pico como él, pueblan el cielo en extensa zona, cuya anchura no mide menos de ciento sesenta millones de leguas, nos presentaba su disco mitad iluminado y mitad oscurecido; un tinte ligeramente verdoso se extendía sobre toda su superficie, al parecer desprovista de hendiduras y salientes, y cualquiera al verle hubiera creído que todo aquel pequeño mundo no era sino una pradera llena de verdura.

—He ahí, dijo el filósofo refiriéndose al planeta—uno de los planetoides á cuyos movimientos me he visto precisado á subordinar nuestra salida de la Tierra.

—¿Sí? pregunté algo extrañado.

—Lo cual es fácil de comprender, siguió diciendo—pues si bien el evitar un choque con Marte y eludir las fuerzas de atracción de Venus, de Mercurio y hasta del Sol, no es cosa muy difícil, en cambio sí lo es y mucho evitar un encuentro con alguno de estos pequeños mundos. Sabed que tan solo en el intervalo de tiempo de dos horas terrestres, cortarán nuestra trayectoria los planetoides siguientes: Vesta, Ceres, Palas, Juno, Flora, Pandora, Letisia, Maximiliana, Polimnia, Asia, Euridice, Niobe y Eufrosina; que, los unos, cortarán nuestro camino por delante de nosotros y que los otros, en cambio, lo harán cuando ya hayamos rebasado sus órbitas; pero de todos modos, ¡ved, amigo mio, si estos pequeños mundos, cuyas órbitas se entrelazan á manera de complicada madeja, son verdaderamente dignos de ser tenidos en cuenta para podernos escabullir entre ellos...!

—¡Oh! nunca había oído hablar de esos mundos de muñecos; dijo Maryland—conocía sí, de oídas, á Marte, á Júpiter, á Venus y á otros astros, pero á esos... ¡bah! ¡será que como son tan ruines, no se les nombrará quizá por eso!...

—En efecto, amigo amigo—repuso el señor Li-tai—todos ellos son realmente muy pequeños; Vesta es el mayor... y apenas si llega á tener 50 leguas de radio.

—¡Qué miseria! dijo Maryland con desprecio—y sus habitantes... serán del tamaño de nuestras hormigas, ¿no es así señor Li-tai?

—Aún más pequeños.

—¿Será posible?

—Y tan posible; como que ni aún con la ayuda del microscopio he llegado á distinguirlos... en una palabra, que ni esos pequeños mundos tienen habitantes, ni tampoco existe en ellos la menor señal de vida...

—Pues no creía yo eso, dije entonces

—¿cómo se concibe que Dios los haya creado sin objeto alguno?

—¡Oh! por eso no dejan de servir para algo; me dijo el filósofo.

—Pues no comprendo; ¿para qué sirven?

—Para darnos una prueba de lo insegura que es la vida, tanto, cuanto se trata de la de los seres en particular, como cuando se trata de la de los mundos. La ley de la vida, es la ley de la muerte, amigos míos. Y lo mismo los mundos que los seres nacen para morir. ¿Veis esos planetoides, que cual locos, ruedan por el cielo persiguiéndose y buscándose los unos á los otros sin lograr encontrarse jamás? Pues bien, esos son los restos que quedan de un mundo que en otros tiempos fué centro de la vida, de la inteligencia... Ese mundo, fué quizá más bello, más esplendoroso que el nuestro; quizá la vida se manifestaba en él con todo su poder... pero, sin embargo... ha muerto... y ahora, roto y deshecho en mil pedazos su esqueleto, reparte en el espacio las partículas que constituyeron su cuerpo... Los mundos pueden morir por consunción ó de repente lo mismo que los seres. Y un ejemplo, del primer caso, lo tenemos en la Luna que no es sino la momia de un mundo cuya fuente de vida se agotó... este otro mundo, que giraba entre Marte y Júpiter, murió de repente... quizá un choque... quizá una explosión... Pero para lo que es el universo, ¿qué diferencia hay después de todo, entre la muerte de un ser y la de un mundo?... ¡oh! la misma que hay para nosotros en la Tierra entre la muerte de una hormiga y la de las de todo un hormiguero...

—Verdaderamente; dije al filósofo—¿cuán pequeña es nuestra importancia!

—Y cuán grande es nuestro orgullo sin embargo; me contestó.

Y como en este momento me ocurriera mirar de nuevo al planetoide, me apercibí de que durante la conversación había desaparecido. Entonces pensé en la Tierra.

—¿Dónde está nuestro mundo? le pregunté al filósofo mientras yo con la vista recorría aquel inmenso océano de materia cósmica.

—¡Oh! más te vale no mirarle, me dijo Maryland con pena—déjale, está tan lejos y le verías tan pequeño, que te daría lástima... yo por mi parte, te confieso que hasta vergüenza me dá el pensar que allí haya habitantes y que nosotros seamos de ellos... en cambio Júpiter... ¡oh! Júpiter sí que es verdaderamente hermoso...

Pero cuando ya me disponía á buscar á la Tierra para verla y á Júpiter para admirarle, suspendí mi acción al oír estas palabras.

—Cuando el señor quiera, puede almorzar.

—Como se comprenderá, el que las pronunciaba era Kao.

Aquel simpático servidor me mostraba una mesa espléndidamente servida dispuesta tan solo para mí, pues el señor Li-tai y mi hermano ya habían comido ó almorzado cuando yo dormía, y como, á decir verdad, no me faltaba el apetito, no me hice repetir la invitación y tomé asiento sin más ceremonias.

—Pocos podrán decir lo que nosotros; hice observar al filósofo quien se sentó cerca de mí en el diván—estar en el cielo y comer como si estuviéramos en la tierra... ¡esto es admirable!

—Exigencia de la materia y como tal bastante ridícula; sin embargo, no hay más remedio que satisfacerla lo mejor posible... hubiéramos nacido en planeta más privilegiado y nuestra condición no sería tan grosera; dijo el filósofo como hablando consigo mismo.

—¡Oh! pues qué, ¿hay por ventura algún mundo en el que los habitantes no necesiten comer?

—Muchos, amigo mio; al menos comer en la forma que lo hacemos los terrestres. Hay mundos, en que la atmósfera sola alimenta á los seres que la aspiran.

—Y ¿vos habeis estado en esos mundos?

—Desde luego.

—Y ¿os habeis alimentado allí también del aire?

—No; allí he comido lo mismo que lo hago aquí y que lo hago también en la Tierra.

—¡Oh! pero... ¿en qué mundos sucede eso?

—De los del sistema solar, en ninguno; pues aunque con pequeñas variantes, todos los seres que los pueblan vienen á estar sujetos á las mismas necesidades... Ahora bien, si quereis hallar seres que difieran algo de nosotros, no en la forma, pues esta no implica en la esencia de la naturaleza, sino seres que realmente difieran de nosotros en los caracteres de esta misma, es preciso, primero, que llegueis á Sirio... que corrais luego y dejeis á este astro á muchos billones de leguas de distancia, y entonces... ¡oh! entonces empezareis á notar aunque insensiblemente que la Naturaleza no es única... que las leyes que nosotros conocemos van modificándose poco á poco... y por último, que la obra de Dios es mucho más grande, más variada, más fecunda, más hermosa y más admirable de lo que jamás se pensó en la Tierra. Entonces ireis viendo que el círculo en que el cerebro humano se extiende es muy limitado; que la idea que de Dios se tiene es muy modesta y que lo que el hombre llama creación no es sino una parte infinitesimal de lo que Dios, el Hacedor Supremo, ha hecho...

—Perdonad, señor Li-tai, dije yo interrumpiendo al filósofo—mi imaginación se pierde, se confunde... ¿queréis decir que eso que nosotros llamamos un infinitamente grande,

no es sino un infinitamente pequeño?... ¡oh! verdaderamente que me estais entristeciendo... ¿que es, pues, nuestra Tierra en el espacio?

—Poco más de nada, amigo mio.

En este momento sonó un reloj.

—Las dos de la tarde en Pekin; dijo el filósofo—estamos en el centro de la zona de los asteroides y Juno debe estar á la vista.

Y en efecto, Maryland que no se apartaba de una de las ventanas anunció la presencia del pequeño planeta.

Terminé mi comida y entonces yo á mi vez me puse también á contemplar el cielo. Vi que hácia arriba teníamos el sol y que Júpiter quedaba á nuestros pies; que el primero nos mostraba su disco bastante reducido y que el segundo en cambio tenía unas dimensiones colosales y su inmenso globo, aparentemente, en aquel momento, igual á diez veces el disco que presenta nuestra luna, estaba surcado por grandes fajas blancas, rojas y verdes que se extendían paralelamente unas á otras. Mi vista no se cansaba de admirarle y entretenido entonces en su contemplación pensé en cómo sería posible que el señor Li-tai llegara á conseguir recorrer la superficie de un mundo quizá muy distinto de nuestra Tierra.

—¿Será respirable para nosotros esa atmósfera? me preguntaba—¿podremos resistir la pesantez de nuestros cuerpos, amoldados como están, á las condiciones particulares del mundo en que hemos nacido?

Pero de pronto sentí que el filósofo me llamaba y me decía—si quereis entreteneros en leer algunas curiosidades de los cielos, podeis ir á mi biblioteca y coger en ella el libro que más os llame la atención.

Y dicho y hecho, entré en la biblioteca, cogí de ella un tomo titulado «*De las estrellas dobles.—Curiosidades observadas en el sistema de Casiopea*» y recostándome luego en el diván, me engolfé en una lectura para mí en extremo interesante.

Así pase algunas horas.

—Pero Blane, me dijo de pronto mi hermano—mira, con tanto leer no te apercibes de nada de lo que nos rodea; descansa un poco y ven conmigo á contemplar el cielo... hace un rato ha pasado por delante de nosotros un mundo que parecía una esmeralda enorme... luego otro que debe ser de cristal... y en fin, ven... mira, Júpiter se vé ya inmenso y el sol, en cambio, cada vez es más pequeño... por cierto que, díme, ¿sabes tu, cuánto falta para llegar á Júpiter?

La verdad, esta pregunta me dejó algo sorprendido y no supe contestarla.

—No, Maryland, no lo sé; sin embargo, como yo también deseo saberlo, iré á la biblioteca á preguntárselo al señor Li-tai; le dije á mi hermano.

Pero no tuve que molestarme, pues el filósofo salió á mi encuentro.

—Ya sé lo que quereis, me dijo—si en la fórmula que nos proporciona el valor del tiempo en función de la gravedad y del espacio, considerais á g como constante y no como variable en función del tiempo, entonces, os diré que los ochocientos millones de kilómetros que separa á Júpiter de la Tierra, se recorren en setenta y tres horas, catorce minutos y once segundos. Pero este cálculo es erróneo. El valor de la aceleración es variable y en su variación influyen muchas causas. Además, nuestro camino no es la línea recta y sí una curva que tiene tantas inflexiones como centros de atracción se acerquen á nuestra trayectoria...

—Y bien, dije.

Que según mi cálculo, durará nuestro viaje hasta llegar á las capas superiores de la atmósfera de Júpiter, ochenta y cinco horas y veinte y siete minutos.

Iba yo á dar las gracias al filósofo por sus explicaciones, pero no pude hacerlo porque siguió diciendo:

—Ahora bien, amigo mio, ¿sabeis cuál es la temperatura que nos rodea?

—No, le contesté—pero á juzgar por la que aquí se goza... debe ser benigna.

—Estais en un error.

—¿Sí?

—Sí, amigo mio, me dijo el filósofo—ciento cuarenta grados centígrados bajo cero en el hemisferio iluminado por el sol y ciento ochenta también bajo cero en el que está en sombra. Tal es la temperatura que rodea á nuestra esfera.

—¡Diablo! dije—pues nadie lo diría.

—¡Oh! eso es porque juzgais lo de fuera por lo que pasa dentro. Sabed que la temperatura que nosotros disfrutamos no obedece sino á mi voluntad, mientras que la de fuera...

—Obedece á la de Dios; comprendido, comprendido.

—Precisamente, á la de Dios.

—Ahora bien, pregunté yo entonces—¿por qué esa diferencia tan notable entre los dos hemisferios?

—Pues, porque esta esfera, que no es sino un pequeño mundo, no tiene atmósfera.

—Es verdad; dije—mas ¿queréis explicarme cómo os comunicais con el vacío que nos rodea y cómo colocais ahí fuera los termómetros?

—De un modo muy sencillo, amigo mio, me contestó el filósofo—y puesto que voy á abrir la comunicación para que la veais, aprovecharé la ocasión entreteniéndoos con algunos experimentos. En primer lugar, ¿os gustaría que este pequeño mundo tuviera atmósfera? porque si quereis que la tenga, yo os prometo proporcionársela muy parecida á la de nuestra Tierra.

Y sin aguardar mi contestación, desapareció de nuestra vista.

A los pocos minutos volvió á presentarse; le seguía Kao, quien dejó en el suelo algunos frascos de cristal y cogiendo uno de estos el filósofo, nos dijo:

—Aquí teneis oxígeno sólido; unámosle con el nitrógeno que también está en el mismo estado y unidos los dos en la proporción de 79 partes del primero y 21 del segundo, nos darán el aire respirable de la Tierra. Después tomaremos en cuenta el vapor de agua.

Y acercándose á uno de los cristales que nos permitían ver el exterior, colocó junto á aquel y sobre el macizo que formaba la pared algunos trozos de oxígeno y nitrógeno sólidos. Después tocó á un resorte; un segundo cristal igual al primero vino á colocarse delante de este, dejando entre ambos los pedruscos que se había sacado de los frascos, y haciendo funcionar á un segundo resorte vimos que el cristal exterior desaparecía y que acto seguido se volatilizaban con suma rapidez los trozos de oxígeno y de nitrógeno.

—Ya está formada la atmósfera aunque algo imperfectamente, nos dijo—dotémosla ahora de nubes.

Y haciendo de nuevo funcionar á los resortes, con lo que los cristales de la ventana volvieron á recobrar su posición primitiva, cogió luego del suelo el extremo de un tubo que se prolongaba hasta perderse por una de las puertas del departamento central.

—Ahora vamos á inyectar un chorro de agua en el vacío; nos dijo.

Atornilló el extremo del tubo á un taladro que puso al descubierto en la pared y después de oprimir varios resortes, se acercó á la ventana y observó. Nosotros hicimos lo mismo, pero por más que miramos no llegamos á distinguir el chorro de agua.

Sin embargo, poco después nos apercibimos de que una niebla blanquísima rodeaba toda la superficie de la esfera y nos explicamos lo ocurrido; nosotros veíamos la niebla hacerse cada vez más espesa, hasta el punto de que apenas si los rayos del sol llegaban á cruzarla y entonces llegó un momento en que nos vimos envueltos en una casi completa oscuridad.

De pronto cortó el filósofo la corriente de agua y notamos luego que en la niebla se producían algunos desgarrones; esta fué trasformándose poco á poco en densos nubarrones que corrían de un lado á otro y haciéndonos fijar en ello el filósofo nos dijo:

—Hé ahí ya formado el viento; pronto irá este haciéndose huracanado y estallará al fin la tempestad.

Y como Maryland y yo íbamos continuamente de una á otra de las ventanas y no

perdíamos de vista nada de cuanto ocurría en aquel cielo en miniatura, no pudimos menos de expresar así nuestra sorpresa.

—¡Admirable, admirable...! decíamos—¡oh! en el hemisferio iluminado se hacen cada vez más densas las nubes... el aire calentado empuja y lucha con el frío del hemisferio oscuro... ahora llueve y el agua vuelve á evaporarse... ha saltado una chispa entre dos nubes... ahora otra... ¡oh! parece que retumba el trueno en ese cielo de muñecos... ¡la tempestad, la tempestad!... las nubes corren al hemisferio oscuro... se deshacen en nieve... ¡oh! desaparecen... ya todo es nieve... y esta por fin hielo...

—Señor, dijo de pronto Kao quien se acercó y mostró dos termómetros de máxima y mínima, á su amo.

—Ya la temperatura que nos rodea ha variado; dijo el filósofo leyendo en las columnas termométricas—ciento cuarenta y cinco grados bajo cero en el hemisferio iluminado y ciento setenta y cinco también bajo cero en el hemisferio oscuro.

—Es decir, observé yo entonces—¿que el calor que un hemisferio ha perdido lo ha ganado el opuesto?

—En efecto, me contestó el filósofo—pero después de todo, la diferencia aun sigue siendo de treinta grados...

—Y bien.

—Que esto consiste en que este mundo no gira y que por lo tanto al no existir la sucesión del día y de la noche, no llegará nunca á equilibrarse la temperatura de una zona cualquiera. Ahora bien... si vos quisiérais...

—¡Una pregunta! exclamé de pronto y casi sin haberme dado cuenta de las últimas palabras del filósofo—¿no es el hemisferio que se eleva sobre nuestras cabezas el que se halla iluminado?

—Sí.

—¿Y no es también el mismo el que se halla en contacto, ó próximo por lo menos, de la pantalla aisladora?

—No.

—¿Cómo? pregunté verdaderamente sorprendido—¿no está la pantalla aisladora protegiéndonos de las atracciones del Sol y de la Tierra?

—No.

—¡Oh! permitidme entonces que os diga, señor Li-tai, que salgo de una duda para entrar en otra aun mayor.

—Vos direis.

—Pues bien; dije—yo creía que la pantalla se extendía sobre la esfera y siendo así, ya comprendereis que no acertara yo á explicarme el por qué de que los rayos solares pudieran atravesar esa sustancia misteriosa, para ir luego á iluminar y á calentar el hemisferio superior de nuestro pequeño mundo. Pero bien, esto ya está resuelto, pues, que

decís que la pantalla no cubre la parte superior y esto me basta. Y ahora viene la segunda duda. Si no está arriba la pantalla, ¿quereis decirme dónde está?

—Sí, abajo.

—¿Abajo?..... ahora lo entiendo menos; por arriba el Sol, la Tierra... pensaba yo—por abajo, Júpiter...; la pantalla debe aislarnos de las fuerzas de atracción de este planeta y sin embargo, seguimos cayendo en él..... en fin, señor Li-tai, que no le entiendo..., dije.

—Pues es fácil comprenderlo, amigo mío, me contestó el filósofo—nuestro wagon, nuestra esfera, ó como queráis llamar al vehículo que nos conduce, ya está bajo la poderosa atracción de Júpiter, al que nos dirigimos ahora con una velocidad que no es menor de ocho millones de kilómetros por hora y ni la Tierra, ni el Sol, ni ningún otro astro sería capaz de detener nuestra marcha. La pantalla, por lo tanto, nos es ahora innecesaria. Sin embargo, como alguna posición ha de ocupar, ocupa, la que sin contrarrestar la atracción de Júpiter, puede ser la más conveniente para cuando sea necesaria y está, por lo tanto, abajo y puesta, digámoslo así, de perfil respecto al gran planeta. La región de los asteroides ya está casi casi vencida; ninguno de esos pequeños planetas nos ha de atraer ya hacia sí y por lo tanto, el primer obstáculo que se oponga á nuestra marcha, no será sino.....

—¿Cuál?

—Alguno de los cinco satélites de Júpiter (1) que, considerándose quizás como centinelas avanzados, intenten darnos el alto por tratar nosotros de meternos en su mundo sin haber pedido permiso á nadie para ello.

(1) El sistema de Júpiter se compone de cinco satélites actualmente conocidos. Sin embargo, como el ultimamente descubierto, que lo fué el 9 de Septiembre de 1892 por el eminente astrónomo Mr. Barnad del observatorio de Lick, es apenas conocido y perceptible tan solo con instrumentos de gran potencia, el antiguo sistema de cuatro satélites conserva todavía toda su importancia.

Las dimensiones de estos últimos son las siguientes:

II. Io D = 1'', 05 = 3.890 kilómetros,

III. Europa. = 0'', 97 = 3.595 »

IV. Ganyméde. . . = 1'', 50 = 5.560 »

V. Callisto. = 1'', 35 = 5.060 »

Respecto á las coloraciones de estos satélites aunque son muy variables, fenómeno todavía no bien explicado, he aquí las más generalmente observadas.

Io.—Pasa del blanco amarillento más ó menos claro, al azulado, luego al naranjado y rara vez al rojo.

Europa.—Generalmente blanco amarillento, muéstrase algunas veces azul oscuro, naranjado y amarillo fuerte.

Ganyméde.—Preséntase unas veces de color blanco azulado, otras amarillento ó azulado y muy rara vez rojo.

Callisto.—Pasa sucesivamente del amarillo fuerte al gris, al rojo, al gris rojizo y por último al azul.

Al satélite Europa, cuando para el observador terrestre se proyecta en la superficie del gran planeta, se le vé totalmente blanco mientras que por el contrario Callisto, observado en las mismas condiciones, se muestra completamente negro, siendo esta una de las muchas curiosidades inexplicables que se observan en el interesante y misterioso sistema de satélites de Júpiter.

—¡Oh! no sentiría yo hacer escala en uno de esos satélites, observé yo.

—¡Pisch! dijo el filósofo—¿para qué molestarse en visitar á los cortesanos cuando ya pronto podremos admirar al hermoso Rey de quien ellos dependen?

—Sin embargo, observé—esos satélites, no creo sean tan despreciables, pues sus dimensiones...; además, en alguno de ellos, según tengo entendido, se han descubierto diversas líneas que algunos astrónomos han comparado con los canales de Marte...

—¿Canales? dijo el filósofo sonriendo—en Marte no hay canales, amigo mío; solo ciertas ilusiones ópticas, que llegareis á explicaros cuando hayais leído el tomo 27 de mi biblioteca, son las que han dado lugar á suponer que puedan existir esos canales.

—¿Y las líneas observadas en los satélites de Júpiter?

—No sé aún lo que son.

—¿Cómo? ¿no habeis estado ya en Júpiter y en sus lunas?

—No; Júpiter es el único de los planetas superiores que me falta ver.

—¡Oh! yo creía... pero, ¿y los demás, los habeis visitado?

—Sí.

—¿Y os ha acompañado alguien en esos viajes?

—Solo Kao, pues á cuantos he hablado acerca de mis viajes me han tomado por un loco y no han hecho sino volverme la espalda. Vos sois, señor duque, el único que ha opinado de otro modo y así, vos también, sereis por lo tanto el favorecido de la suerte. Todos los secretos que del cielo me pertenecen están escritos en los tomos de mi biblioteca y vos sereis el encargado de hacerlos públicos en la Tierra atestiguando al mismo tiempo de que no han sido escritos por un loco. Mi museo de zoología, botánica y mineralogía del Yamen de Shang-hay será vuestro...

Iba yo á dar las gracias al filósofo, cuando una exclamación de Maryland, quien permanecía apoyado en uno de los cristales, me cortó la palabra de los labios.

—¡Oh! ¡las lunas de Júpiter! decía—¡ven Blane!... cuento tres; una de color amarillo y otras dos azuladas... la cuarta no se distingue... ¡Oh! Júpiter se vé ya de un tamaño colosal...

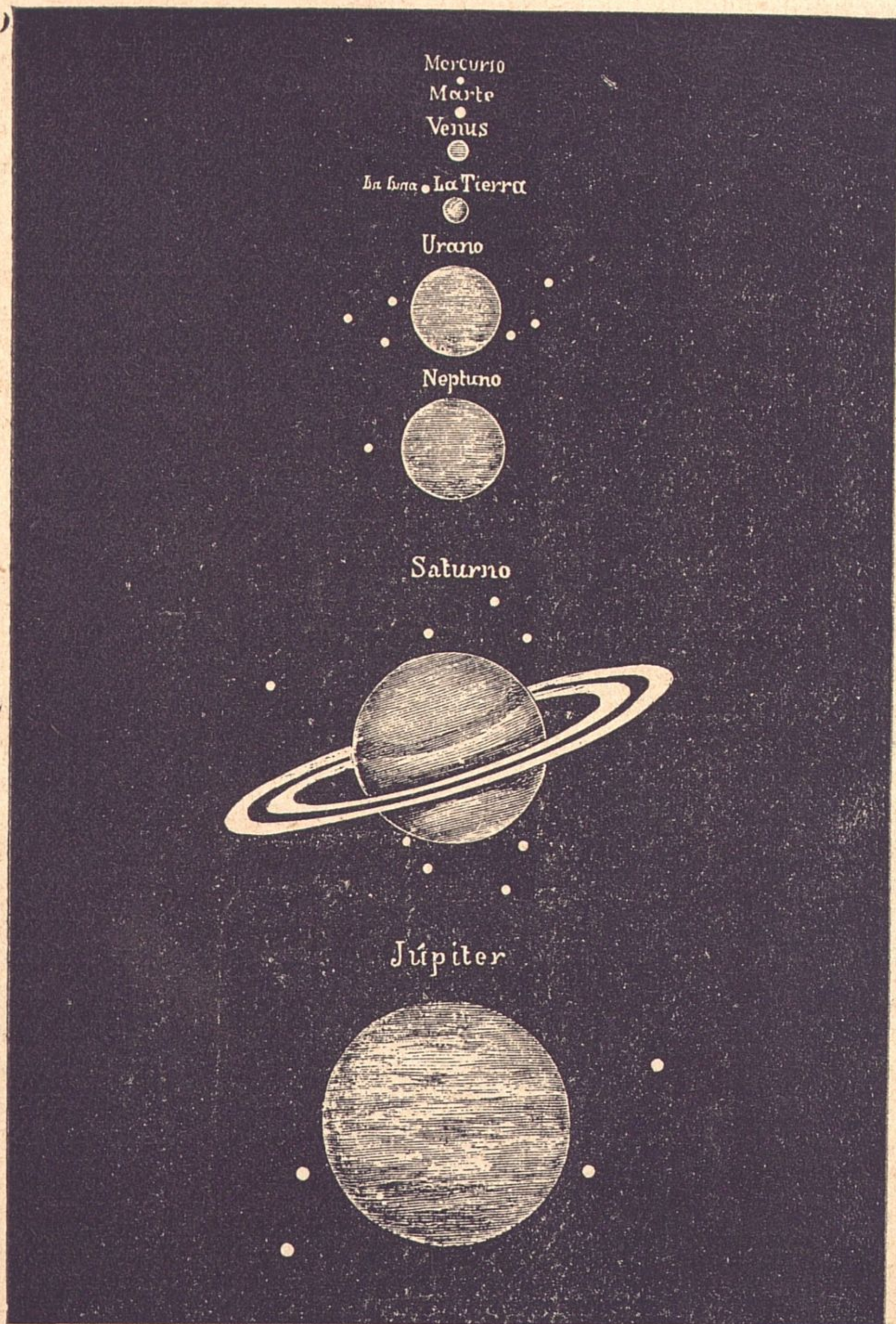
Acercámonos el señor Li-tai y yo al cristal en que mi hermano se apoyaba; miramos hacia abajo y vimos, que Júpiter, agrandadas sus dimensiones y ocupando en el cielo una extensión aparente próximamente igual á la que ocuparían cien lunas terrestres, se mostraba espléndido y majestuoso; en su superficie, de fondo amarillento y surcada por brillantes bandas rojas blancas y verdes, que se extendían paralelamente al ecuador,

se producían los más caprichosos y variados juegos de luz. Y fijándonos entonces verdaderamente interesa los, en tan sublime é incomparable espectáculo, recorrimos con la mirada toda la superficie de aquel inmenso globo cuyo eje de rotación es casi perpendicular al plano de la órbita y cuya revolución diurna apenas llega á diez horas terrestres y notamos, ó al menos creímos notar, su movimiento rotativo. Vimos también que la in-

—¿Y cómo es eso?

—Pues, siendo la masa de Júpiter algo más de cuatro veces menos densa que la de la Tierra. O para que lo comprendais mejor; porque la Tierra tiene la densidad del óxido de hierro y en cambio Júpiter solo tiene la de la madera.

—¡Oh! pero eso es una vergüenza para Júpiter; decía Maryland—pues así parece un mundo hecho de bizcocho;... eso es vergonzoso...



Comparación de las dimensiones de los planetas.

tensidad de los rayos solares iba debilitándose por momentos y que en el firmamento, brillaban ya algunas constelaciones; que el sol, se veía próximamente unas tres veces más pequeño de como le veíamos desde la Tierra y que esta, pobre isleta perdida en la inmensidad del espacio, apenas era perceptible á simple vista.

—¿Es Júpiter mucho más grande que la tierra? preguntó Maryland.

—Mil cuatrocientas catorce veces mayor; contesto el filósofo—y sin embargo, su peso, es solo trescientas treinta y ocho veces el de la Tierra.

Pero de pronto interrumpió sus observaciones acerca de la constitución de Júpiter y me miró como asustado. Sin embargo, bien pronto se repuso y siguió escuchando al señor Li-tai.

¿Qué era lo que le había ocurrido á mi hermano? Pronto lo iba yo á saber.

El filósofo continuaba mientras tanto entreteniéndose con algunos experimentos, de los que el que más llamó mi atención fué la formación de un anillo gaseoso con que rodeó nuestra esfera (que entonces giraba por efecto de un mecanismo particular) y así

distraídos dejamos trascurrir el tiempo. Aquel anillo estaba formado por la mezcla de varios gases, unos más densos que otros; todo él coincidía exactamente con el plano de nuestro ecuador y como de este modo era perfectamente visible desde las ventanas, yo pude mirarle con toda comodidad. El filósofo nos lo comparaba con los anillos que rodean á Saturno, comparación que me pareció muy en su lugar, cuando de pronto ví con gran sorpresa, que el anillo se rompía en un punto; que toda su masa gaseosa, cual si fuera de goma elástica, se replegaba en sí misma condensándose en forma esférica y que luego tomaba un movimiento de rotación alrededor nuestro.

—He ahí que ya tenemos también nosotros una luna, nos dijo el filósofo—fijaos en sus movimientos y notareis que tanto tarda en hacer una revolución alrededor de su eje como dar la vuelta en torno de nuestra esfera... particularidad, que presentan la mayoría de los satélites.

—¡Oh! exclamó de pronto Maryland—estoy cansado como si hubiera corrido muchos kilómetros...; voy á sentarme...; estoy rendido...; ¿qué hora es ya?

—Aquí, la hora cero, la hora de siempre, la misma que os dije cuando os levantásteis de la cama; repuso el filósofo—sin embargo, en Pekin son las nueve y media de la noche.

—¿Y aún hay sol? .. pero no importa; aunque sea de día debe ser de noche y mi cuerpo por lo visto necesita descansar.

Y así diciendo mi hermano se tumbó cuan largo era en el diván.

A todo esto, como el señor Li-tai y yo, permanecíamos sentados también en el diván y yo notara que una impresión verdaderamente extraña se iba apoderando de mi cuerpo, que mis pies parecían estar clavados al suelo, que sobre mis hombros actuaba un peso enorme y que además, todos mis movimientos se hacían difíciles en extremo, no pude menos de alarmarme, lo confieso. Cier-to es, si, que ya hacía algunos minutos que yo notaba que algo raro me ocurría; pero, como no era sino muy débilmente y en un principio hasta podía moverme libremente, no me preocupé mucho de ello y la verdad, no llegué ni remotamente á figurarme á qué pudiera obedecer lo que me sucedía. Sin embargo, la cuestión variaba ahora de aspecto, pues aquella impresión iba subiendo demasiado de punto y era preciso saber á qué atenerse.

Maryland, á quien debía ocurrir lo mismo, comenzó á gritar diciendo:

—Pero señor Li-tai, ¿estais haciendo conmigo algún experimento?... por John Bull; que yo no puedo resistir esto...; ¡zounds!... si parece que me han echado encima media docena de colchones...

—Amigo mio, dijo tranquilamente el filósofo—lo que os ocurre no obedece á ningún experimento mio; sino, es, sencillamente, que hemos rebasado ya la zona de los asteroides, cuya influencia neutralizaba en parte la atracción de Júpiter, y que estando ya, como en realidad estamos, solo bajo las fuerzas de este planeta, nuestro peso se ha triplicado... Pero no os importe; yo os aseguro que no por esto dejareis de cenar... y también, que brindareis por Júpiter.

—¿Brindar? no sé cómo, señor Li-tai; yo no puedo ni levantar los brazos... vamos..., ó haceis ahora mismo algún experimento á fin de que cese este tormento, ó diré que no os tengo por un sabio y os desacreditaré además por todo el mundo...; contestó Maryland de bastante mal talante.

Yo, la verdad, había quedado poco tranquilizado al oír las últimas palabras del señor Li-tai, según las que, debía suponerse que tendríamos que continuar el viaje siendo víctimas de una pesantez que llegaría á destruir nuestra naturaleza, y entonces tomé el asunto por lo serio. Y en efecto, así merecía ser tomado, pues, ó el filósofo nos ponía otra vez en condiciones de vivir bajo las leyes terrestres y no jovianas, ó nuestra muerte era evidente.

—¡Maldición con Júpiter! gritaba Maryland tratando al mismo tiempo, aunque inútilmente de incorporarse en el diván—¿sabéis, señor Li-tai, si los habitantes de ese mundo, son quizá de espuma?... porque si son de carne y hueso, es indudable que deben ser muy parecidos á los topos, por lo pesados y maldito si merecen en este caso que nosotros les hagamos una visita.

El filósofo se sonrió. Y yo, que malditas las ganas que tenía de bromas, procuré armarme de paciencia hasta ver en qué acababa todo aquello.

—Pero señor Li-tai, decía Maryland—¿haceis, ó no, el experimento que os he pedido?

—Un poco de paciencia, amigo mio, le contestó—pues no creais que es cosa tan sencilla el conseguir que la fuerza de la pesantez se modifique... Al fin y al cabo, bien podeis sufrirla un poco, pues estais echado, y de este modo, no deben ser muy grandes vuestras molestias... consolaos con lo que vais á ver...

Y el filósofo, al decir esto, dió un silbido particular, sin duda por no tener ánimos para volverse y hacer sonar un timbre, y esperó.

Al poco rato abrióse una puerta del departamento central, salió por ella Kao que marchaba en cuatro pies y con grandísima dificultad, por añadidura, y entonces, al ver los apuros del pobre chino, todos soltamos la carcajada.

—¡Oh! exclamó Maryland—voy á imitarle

tirándome del diván al suelo, y así nos convertiremos en cuadr...

Pero entonces se oyó un grito del filósofo quien decía—¡quieto, insensato! ¡si os dejais caer, sois muerto!

Y Maryland suspendió su intento.

—¡Oh! basta ya de experiencias, continuó diciendo el filósofo, quien apesar de toda su filosofía y ciencia, permanecía aplanado con toda su humanidad terrestre y muy terrestre aunque mal de su grado, sobre el diván del cual difícilmente podría levantarse—queden libres nuestros cuerpos de la gravedad de Júpiter y vuelvan por lo tanto á tener el peso que les corresponde tener en la Tierra...

—¡Oh! ¿pero es eso posible? exclamé yo admirado de que el filósofo pudiera realizar semejante prodigio.

—¿Posible?... ¡y tan posible! me contestó—ahora os convencereis de ello.

Y haciendo un esfuerzo casi sobre humano para moverse, alargó el brazo hácia la pared y aplicó un dedo sobre un resorte.

Entonces se oyó un ruido particular que parecía provenir del suelo y no encontré comparable sino con el que un cepillo produce cuando es pasado sobre una tela de seda y un momento después noté que mi cuerpo iba quedando poco á poco libre de aquella impresión desagradable que antes me molestaba tanto.

—¡Hurrah, por el señor Li-tai!—gritó Maryland al mismo tiempo que de un salto se plantaba casi á los pies del filósofo—bien decía yo—seguía diciendo—esto no ha sido nada más que un experimento, ¿no es verdad?

—En efecto, amigo mio, contestó el filósofo—cuanto os dije de los asteroides era una farsa. La atracción de Júpiter influye sobre nosotros desde el momento en que nos pusimos en marcha y á no ser por un mecanismo especial de que me valgo, nuestros cuerpos seguirían durante todo el camino sujetos á la gravedad del gran planeta.

Yo estaba estupefacto.

—De modo es, ¿que habeis querido darnos un susto?—preguntó Maryland.

—Y os lo he dado.

—¡Por John Bull, que es cierto lo que decis! pero hay que reconocer que sois un sabio...; decía mi hermano quien mirando luego con gran interés al filósofo añadió:

Señor Li-tai ¿por qué no sois inglés?... así podría Inglaterra contar con el sabio más sabio que jamás se ha conocido.

—¡Oh! amigo mio, dijo el filósofo—los grandes descubrimientos son patrimonio solo de los Hijos del Cielo... y ya comprendereis que si yo fuera inglés...; nó, nó; es mucho mejor que yo sea chino...

—Tiene razón, dije yo entonces dirigiéndome á mi hermano—los Hijos del Cielo

descubrieron la piedra imán y la brújula; á ellos debemos también multitud de fórmulas de la mecánica celeste, el conocimiento de la existencia de algunos astros, las leyes que rigen el movimiento de otros muchos y justo es, que siendo los Hijos del Cielo los que con más interés se han dedicado al estudio de éste, ellos sean también los primeros en recorrerle. Nada hay más natural, que el primero en recorrer el Cielo, sea un Hijo del Cielo...

Kao, á todo esto, había desaparecido de nuestra vista y nosotros tres estábamos ya de pies y como si nada hubiera sucedido.

—Ahora, á cenar; nos dijo el filósofo—que aunque estamos en las regiones de los ángeles, no por eso nuestros cuerpos pueden prescindir de las necesidades de la Tierra.

Y unos minutos después Kao nos servía una cena espléndida; el filósofo me explicaba á mí el medio de que se había valido para restituarnos el peso terrestre, cosa que consiguió sencillamente, por medio de un sistema especial de placas aisladoras que según la presión con que se unieran unas á otras, así también permitían que las fuerzas exteriores penetraran con mayor ó menor facilidad á través de la masa de todo el conjunto del sistema, y confiados, por lo tanto, mi hermano y yo en aquel hombre verdaderamente prodigioso y para quien ya no concebíamos pudieran existir jamás dificultades, cenamos alegremente y brindamos llenos de entusiasmo.

—¡Hurrah! decía Maryland alzando al mismo tiempo su copa llena de champagne y después de habernos ya demostrado que lo mismo sabía comer y beber en el Cielo que en la Tierra—¡hurrah! por la astronomía, por todas las estrellas del firmamento y por todos los astrónomos á quienes yo hasta ahora consideraba locos de remate y que ya veo no son sino hombres verdaderamente prodigiosos. Brindo por Júpiter, por el Sol, por la Luna y por último, por el Hijo del Cielo, único, de todos los Hijos del Cielo, que merece en justicia ser así llamado... en una palabra; brindo por el señor Li-tai... ¡ah! y brindo también por Kao, el chino más simpático de todos los chinos del Imperio Chino...

—Gracias, señor, contestó el joven camarero, no sin dejar de fijar en mi hermano una mirada que iba acompañada de maliciosa sonrisa y de llenarle al mismo tiempo la copa, que en el entusiasmo del brindis, había dejado vaciar sobre la mesa.

Después me tocó á mi brindar y dije:

—Y yo... brindo por el ilustre astrónomo señor Li-tai, único conocedor de los secretos del Cielo y representación, única también, de la ciencia y el saber de las humanidades que pueblan los espacios...

—¡Gracias, amigos míos, nos contestó el filósofo alzando también su copa llena de espumoso vino de Chan-sí, y tomando al mismo tiempo cierto aire de gravedad—brindo, en primer lugar, por vosotros, seres, que por ser los llamados á heredar todos mis secretos, bien podeis decir que sois los más afortunados de todos los que nacieron en el astro Tierra... Brindo, por la creación sin límites, por la Sabiduría Eterna, hácia cuyos confines infinitos, solo por medio de la Ciencia pueden encaminarse las almas... y brindo en fin, porque cuando llegue el día, en que pudiendo ser surcados los espacios en todas direcciones y por lo tanto puestos en comunicación unos mundos con los otros, salga aquella desdichada humanidad terrestre del círculo de errores en que vive, aprenda á amar, á respetar, á enaltecer y considerar, mejor que ahora lo hace, al Ser Todo Infinito, Todo Incomprensible, Todo Omnipotente y Autor Supremo de todo lo creado y porque convencida entonces de su pobreza y miseria, tanto en lo espiritual como en lo material, deponga su insensato orgullo, reconozca cuán lejos está aún su inteligencia de la perfección y vea, por lo tanto, cuán inferior es el lugar que ocupa en la escala espléndida y variada de las humanidades...

Terminó la cena y después de retirar Kao la mesa de su sitio, nos dirigimos á nuestros dormitorios.

.....

Pocos minutos después dormíamos todos profundamente, y mientras tanto, nuestro wagón de marfil, envuelto entre los reflejos de un sol lejano y rodeado del silencio del vacío, corría con velocidad increíble hácia la superficie resplandeciente y matizada de mil colores del misterioso mundo de Júpiter.

CAPÍTULO IV.

EL PLANETA JÚPITER.

Pasaron otros dos días, terrestres se entiende, durante los cuales nuestra vida siguió siendo en un todo la propia de los habitantes de la Tierra y en este interregno, el filósofo, que no interrumpió su sesión de experimentos y explicaciones, consiguió hacernos pasar muy agradablemente el tiempo.

Por fin ya el gran planeta motivo de nuestro viaje y anhelado término de todos nuestros afanes, distaba tan solo de nosotros una hora de camino.

Su enorme disco se nos presentaba surcado de extensas bandas de blanquísimos vapores; de su superficie irradiaban resplandores de un brillo extraordinario y todo él se nos mostraba bajo un ángulo tal, que ya,

nuestras miradas podían apenas distinguir el horizonte racional.

Una sensación muy parecida al terror se iba apoderando de mi cuerpo, y al verme tan cerca de aquél mundo, al que solo en sueños creí hasta entonces que pudiera verse, me incliné sobre un cristal y apoyado en él permanecí durante largo rato. Mi hermano estaba á mi lado; uno y otro guardábamos silencio y mientras tanto, el filósofo, que acababa de separarse de nosotros, permanecía encerrado en su biblioteca.

En el firmamento brillaban algunas constelaciones, entre las que creí distinguir á Orión, el Navío, el Centauro, la Osa Mayor, el Pegaso, el Cisne y Casiopea. Busqué á la Tierra, pero no llegué á encontrarla. En cambio pude distinguir á Marte á pocos grados del Sol; ví que este, el astro rey de nuestro sistema apenas presentaba una superficie aparente próximamente igual á una quinta parte de la que nos presenta cuando es visto desde la Tierra, y entonces pensé en cómo le veríamos si nuestro viaje se prolongara aún algunos días y llegáramos á Urano y á Neptuno.

Nos envolvía una semioscuridad no tan intensa sin duda como yo esperaba que fuera, dada la distancia que nos separaba del Sol, y al contemplar á este recordé la manera con que Huygens explica que se puede obtener una idea bastante exacta del resplandor del Sol en Júpiter. «Tómese, dice, un tubo de cierta longitud, ciérrese uno de sus extremos con una pequeña plancha en medio de la cual haya una abertura redonda y procúrese que lo ancho de esta abertura redonda sea á la longitud del tubo, en la relación de 1 á 570. Diríjase luego el tubo hácia el Sol, de modo que éste dé de lleno en la plancha, y en el extremo opuesto del tubo recíbanse sobre una hoja de papel blanco los rayos solares que entren por la abertura, haciendo de modo que no pueda llegar la luz por ningún otro punto. Estos rayos representarán en un círculo la imagen del sol cuya claridad será igual á la que reciben los habitantes de Júpiter en los días serenos.

Una vez quitado el papel, si se aplica el ojo en el mismo sitio, se verá el Sol en el tamaño y con el mismo resplandor con que lo verá un hombre que habite en este planeta.»

Después fijé mi vista de nuevo en aquel mundo á cuya superficie caíamos con una velocidad apenas concebible, y ví grandes masas de nubes, que impelidas por rápidas corrientes atmosféricas, cubrían al planeta desde el Ecuador á los trópicos. Unas horas antes había visto también que las regiones polares estaban fuertemente aplanadas debido al movimiento de rotación y que allí se extendían inmensos campos de hielo semejantes á los de la Tierra.

Después me fijé en las lunas, que mientras unas aparecían por un lado en el horizonte y otras se ocultaban por el lado opuesto, me hicieron pensar en lo frecuentes que deben ser en aquel planeta los eclipses. De los cinco satélites, uno reflejaba un tinte amarillo brillante, mientras que los otros cuatro eran de color azul.

El espectáculo que se presentaba á mi vista era verdaderamente admirable y yo no me cansaba de contemplarle. Por un lado el firmamento tachonado de brillantes constelaciones; por otro, el sol sin fuerza apenas para inundar de luz aquellos inmensos dominios del éter; luego, un fondo matizado de vivísimos colores y descubierto á intervalos entre los desgarrones de una atmósfera que cargada de nubes de púrpura y de oro, parecía iluminada por los fantásticos y continuamente renovados destellos de un fluido luminoso, que producía un efecto muy parecido al de nuestras auroras boreales.

Nuestra velocidad iba en aumento. Todo se agrandaba en Júpiter más y más á nuestra vista y yo entonces me sentí aturdido ante aquel cuadro que me producía vértigo.

Parecíame unas veces que íbamos en derrechura hácia un abismo de fuego. Pero después me acordaba de que el filósofo nos había prometido detener la marcha tan pronto como llegáramos á las primeras capas de la atmósfera joviana y esta idea llegó á tranquilizarme.

Luego dirigía mi pensamiento hácia Dios y repitiendo aquellas palabras con que una vez saludara al Supremo Hacedor, el ilustre y sabio astrónomo Camilo Flammarion con ocasión de contemplar la naturaleza y sentir ante ella la más sublime de las inspiraciones, exclamaba yo—¡Oh misterio desconocido! ¡Ser magnífico! ¡Ser inmenso! ¡Supremo autor de la armonía! ¿quién eres tu, siendo tu obra tan grande? ¡Oh Dios mio, Dios mio! ¡Todo poderoso, todo ternura! ¡Inmensidad sublime é inconocible!... ¿Qué nombre dar, oh Dios mio, á los que os han negado, á los que no creen en vos, á los que viven fuera de vuestro pensamiento, á los que nunca han sentido vuestra presencia? ¡Oh cuánto os amo, cuánto os amo!... ¡Oh, yo os adoro Dios mio! ¡Oh Padre de la naturaleza!...

Y estas palabras que brotaban de mi alma llenas de fervor, me servían de consuelo y animaban á mi espíritu un tanto acobardado.

De pronto dió mi hermano un puñetazo sobre el cristal, que á no medir más de un decímetro de grueso quizá se hubiera roto, pues tal fué la violencia del golpe, y mirándome con no muy buenos ojos, me dijo:

—Blane; estoy decidido á no seguir bajando: ese mundo me dá miedo; además el señor Li-tai me ha dicho que los habitantes que se pasean ahí abajo son gigantes y fran-

camente, yo no estoy dispuesto á tolerar que nos cojan y nos exhiban en sus ferias, metidos en una jaula. ¡Oh! si mis puños me valieran con esa gente... Pero no, no; mejor será que nos volvamos atrás...

—Ten calma, hermano mio, le dije—el señor Li-tai no ha visto aún á los habitantes de Júpiter y si nos ha dicho que son gigantes, no ha sido más sino porque así es como se les cree en la Tierra. Por lo demás, él no cree en la existencia de esos gigantes, pues, según ha observado en otros mundos, nada tienen que ver las dimensiones de estos con las de sus habitantes. En Saturno, por ejemplo, que es más grande que la Tierra, los habitantes son, sin embargo, más pequeños que nosotros.

—No me convences, gritó Maryland—te digo que quiero volver á nuestro mundo, malo y todo como es. Me horroriza el pensar que nos vamos á meter entre esas nubes y encontrarnos luego con algunos seres quizá, de forma monstruosa, que al vernos nos cojan por los pelos y nos metan en sus casas para que jueguen con nosotros sus pequeños...; querido Blane, busquemos al señor Li-tai y convenzámosle para que nos lleve otra vez á la Tierra.

—Imposible, Maryland, le contesté—el señor Li-tai, diría y con razón, que éramos unos cobardes, y aunque tengamos miedo, es preciso disimularlo.

A todo esto, la superficie del planeta parecía venirse hácia nosotros con una velocidad que estremecía. Grandes remolinos de nubes que corrian de un lado á otro, hacían presumir que en aquella atmósfera saturada de vapores se estaban verificando importantes fenómenos meteorológicos. El relámpago brillaba con una intensidad extraordinaria. El cielo tomaba, en ciertas regiones, un color verde esmeralda; en otras, aparecía surcado por brillantes líneas de rojizo fuego; aquí, las nubes chocaban con ímpetu espantoso; y más allá, rodaban unas sobre otras las inmensas masas de vapores que arrastradas por un viento huracanado, desaparecían luego de nuestra vista para seguir, sin duda, su rápida carrera hasta llegar al hemisferio opuesto.

Pero de pronto se rasgó aquel cielo, ó aquella atmósfera, en una extensión que yo no pude apreciar, pero que me pareció grandísima, tan grande, que probablemente por ella hubiérase podido deslizar la Tierra sin inconveniente alguno, y entonces, quedó á mi vista una abertura límpida, cristalina y tal, cual yo juzgué debía ser la envoltura gaseosa que rodeara á Júpiter, cuando de ella hubieran desaparecido los vapores.

En aquella abertura, que estaba situada próximamente sobre el ecuador, y hácia la cual se dirigía nuestra esfera en línea recta,

no se percibía el fondo, que de existir, habría de ser seguramente la superficie del planeta.

Al principio solo ví una luz violácea que extendiéndose, al parecer hasta una profundidad incalculable, interesó vivamente mi curiosidad. Pero después, esta siguió en aumento al ver que aquella luz, á mi juicio, seguramente de origen eléctrico, era reemplazada por otra, luego por otra y que por fin, y después de haber pasado por todos los tonos del espectro solar, tal como á nosotros nos es conocido, quedaba con un color nuevo, pero completamente nuevo para mí. Era este un color puro, bien definido, diferente en un todo á todos los que en la Tierra habían impresionado mi retina y... pero ¿á qué tratar de definir lo indefinible? era un color, en fin, del que no puedo dar la menor idea.

Ante aquella primera señal de lo nuevo, de lo desconocido y de lo inconcebible, por lo tanto, para los seres terrestres, quedé admirado; quise también que mi hermano se admirase y le llamé. Pero Maryland no estaba á mi lado.

—¡Maryland! grité—mira el boquete por donde vamos á penetrar en Júpiter.

—Te equivocas; me contestó—yo no pienso penetrar por ningún boquete.

Mi hermano había aparecido de pronto en el pasillo anular, y aunque al principio, yo no pude comprender qué era lo que en aquel momento buscaba en las paredes, vi, sí, que indudablemente buscaba algo en ellas.

—Debe ser este; dijo y aplicó al mismo tiempo el dedo sobre uno de los innumerables resortes que cubrían las paredes.

—¿Qué haces, Maryland? le grité temiendo que su imprudencia y atrevimiento diese lugar á alguna contrariedad y aún, quizá, á una catástrofe.

—¿Que, qué hago? pues hacer funcionar el aparato que debe hacernos cambiar de rumbo; no quiero entrar en Júpiter; me contestó.

Pero en este momento se oyó la voz de Kao que gritaba—¡Señor! ¡señor!... el depósito de mercurio esta abierto... se escapa todo, se escapa todo... ¡alguien á debido tocar en el resorte!...

Y al oír Maryland estas palabras, dió una patada en el suelo y apretó los puños—me equivoqué por lo visto; dijo lleno de cólera—pero, apesar de haberme equivocado, yo aseguro que á Júpiter no llego.

—¡Imprudente! gritó entonces el filósofo quien saliendo de su biblioteca y dando á Maryland un empujón, se abalanzó á tocar otro resorte de la pared.

—Os habeis portado, dijo luego mirando á mi hermano—¿sabeis cuáles son las consecuencias de vuestra imprudencia y cobardía?

—No lo sé; contestó con gran calma mi hermano quien indudablemente estaba dispuesto á armar camorra—pero poco me im-

porta que sean unas ú otras si ellas no sirven para que no lleguemos á Júpiter.

—¡Por Dios único, que habeis sido tan oportuno y acertado como sois cobarde! exclamó el filósofo—pues nuestro wagón, con el peso que ha perdido, no podrá llegar á tocar el suelo de Júpiter y tendrá que viajar tan solo por la atmósfera. Pero vos no vereis nada. Los cobardes, los que por la ciencia no saben sacrificarse, no merecen tener ante su vista nada grandioso, nada sublime, nada nuevo... Los que son como vos no merecen más que un calabozo. Para vosotros está demás el cielo... ¡Oh! ¡desgraciados!... ¿y quereis que os llamen sin embargo seres pensadores, seres inteligentes?... ¡Oh! nunca, nunca... entre vosotros, y las babosas que se arrastran sobre las rocas terrestres, hay muy poca diferencia. Así pues, disponeos á entrar en un calabozo...

Mi hermano estaba aturdido ante tales insultos. Yo decidí no ponerme de su parte, pues entre los dos hubiéramos quizá vencido al filósofo y al criado en una lucha, y esto, como es fácil de comprender, no podía convenirnos. ¿Qué hubiera sido de nosotros luego, metidos como estábamos en una máquina cuyo manejo ignorábamos totalmente?

Entonces intercedí con el filósofo, le rogué dispensara á mi hermano su inaudito atrevimiento y después de reprender á Maryland, conseguí que volviera á reinar la paz en aquel pequeño mundo dentro del cual corriamos por los espacios.

El filósofo se mostraba verdaderamente contrariado, pero al fin perdonó á mi hermano y este á su vez ofreció no hacer una nueva diablura.

Mientras tanto, el tiempo iba pasando, nuestro wagón se acercaba por momentos á la atmósfera de Júpiter y como mi intención era ver y observar cuanto pudiera, no quise perder el tiempo y me instalé de nuevo cerca del cristal.

En aquel momento nos rodeó una luz intensísima, deslumbradora, llevé mis manos á los ojos y lancé un grito. Sintióse también un ruido parecido á un prolongado silbido y las paredes de la esfera crugieron como si esta fuera á dislocarse en mil pedazos.

—No hay que asustarse, dijo el filósofo—es que en la atmósfera de Júpiter ha entrado un bólido y que dentro de él vamos nosotros.

Al fin me repuse de aquel susto y pude abrir los ojos.

—¿Y esa luz, de que pudo provenir? pregunté luego al filósofo viendo ya, que tanto aquella como el ruido, habían cesado—¿no está nuestra esfera protegida por una cubierta de amianto? ¿no es este incombustible?

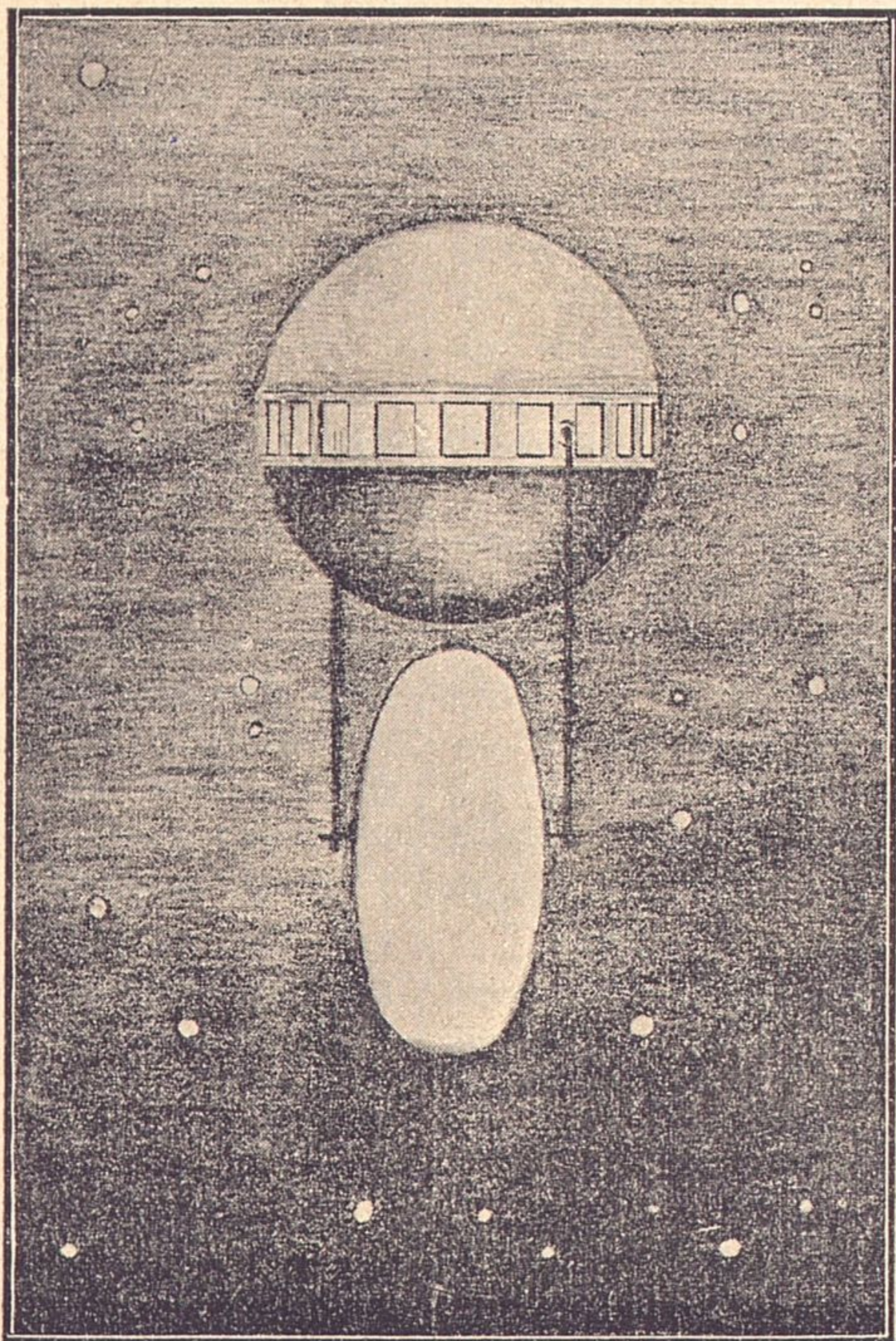
—¡Ah! dijo el filósofo—os olvidais de nuestra atmósfera terrestre en miniatura y del mercurio que seguían también nuestro camino...

—Es verdad observé—¿y el ruido?

—Ha cesado, porque ya estamos parados. Asomaos, amigo mio, asomaos al cristal, y vos también Maryland... ya estamos en Júpiter.

Entonces abarqué de una mirada el sublime y majestuoso espectáculo que se desarrollaba ante nuestra vista. Ví que nos rodeaba una atmósfera de un verde transparente; que á nuestros pies corrían á muchas leguas de distancia nubes donde el sol que se veía á pocos grados del Poniente, refleja-

pude ver sino como un punto brillante de la celeste bóveda que se abarca desde la Tierra, y entonces y conmovido hasta lo más íntimo de mi corazón dediqué un recuerdo de agradecimiento al hombre á quien debía en principio, la dicha de que haciendo de mí con sus obras un aficionado á la astronomía, fuera yo luego el elegido por el filósofo chino para hacer un viaje por los cielos. Me refiero al francés Camilo Flammarión, ilustre sabio y distinguido astrónomo, y el sér, que á mi juicio, si bien nacido en la Tierra



La claridad de una noche joviana me pareció bastante aceptable.

ba sus debilitadas luces con reflejos de mil colores y dos lunas, no ya azules como cuando las observé desde el espacio, sino rojas de un tono bastante pálido.

Poco después lanzaba el sol sus postreros rayos sobre aquel mundo gigantesco en que acabábamos de penetrar. Y allá, á lo lejos, sobre un horizonte en que de rato en rato brillaban los efluvios eléctricos, ví aparecer al planeta Saturno, que rodeado de sus anillos y escoltado por sus siete satélites, mostrábase orgulloso y el más resplandeciente de todos los astros que en aquel momento se descubrían en el cielo.

Mi alma estaba extasiada ante la sublime grandeza é inmensa magnificencia de aquella esplendorosa obra que Dios lanzara á los espacios, obra, que en otras ocasiones, no

para fortuna nuestra, debió haber nacido en el cielo y mereció que su cuna fuera mecida por los ángeles.

Y así, entretenido en mis contemplaciones y recostado en el cristal de la ventana, estuve no sé cuanto tiempo, hasta que, al fin, vino á llamarme la atención el filósofo.

—Sabeis, amigo mio, me dijo—¿de qué se compone la atmósfera de Júpiter?

—No; contesté saliendo entonces de mi abstracción.

—Pues bien; yo la he analizado y he visto que consta de noventa y ocho partes de oxígeno y de dos partes de un cuerpo que aun me es desconocido.

—¡Oh! una atmósfera de oxígeno casi puro, exclamé—la vida en este planeta debe ser muy activa y así se comprende que sus ha-

bitantes con solo cinco horas de día, tengan tiempo suficiente para todos sus negocios. ¡Oh! los jovianos deben ser unos seres verdaderamente felices si es que existen. Por cierto, que, decidme, señor Li-tai, ¿creeis que sean ciertas las teorías del reverendo Whewell y del naturalista Buffón quienes suponen, el primero, que Júpiter no es sino una enorme esfera de agua y el segundo, que es un mundo sin naturaleza organizada aún?

—Ni afirmo, ni niego, me contestó el filósofo—mañana, es decir, dentro de cuatro horas, lo veremos.

—¡Oh! ¿podremos bajar? dije.

—Para ver lo que se refiere á vuestra pregunta, sí; mas para llegar á distinguir á los habitantes, nó, pues, nuestra esfera aligerada de su peso por la imprudencia de vuestro hermano, no podrá atravesar sino la mitad de la atmósfera joviana.

A todo esto y como yo notara que lo que al pronto me había parecido una oscuridad absoluta cuando ví ocultarse al sol, no me pareciera ahora sino una oscuridad muy relativa y hasta llegara también á apercibirme de que la luz de las lunas era bastante importante, me convencí de que no se está en Júpiter tan á oscuras como por su distancia al sol es de presumir se debiera estar. La claridad de una noche joviana me pareció bastante aceptable y aún el panorama del cielo me interesó mucho más, pero mucho más, sin duda alguna, que el que se admira en las noches terrestres.

En este momento aparecía sobre el horizonte la tercera luna que, sin yo saber por qué, lo hacía teñida de azul y no de rojo cual sus compañeras, y asombrado yo ante aquel espectáculo en que los caprichos de la luz eran de tal importancia, exclamé dirigiéndome á Maryland.

—¡Oh! qué espectáculo tan bello; ¡cuán hermosa debe parecer la naturaleza, contemplada desde la superficie de este magnífico planeta...! y pensar que por tí, sempiterno y voluble revoltoso, no habremos de admirarla...!

Maryland no me contestó.

Y el filósofo, que se apoyaba en los cristales y dirigía á través de estos sus miradas hácia el fondo misterioso de aquella atmósfera, miró lleno de rabia á mi hermano.

Nuestra esfera se mantenía mientras tanto quieta sobre las capas más superiores de la atmósfera y un movimiento especial y alternativo de la pantalla aisladora nos evitaba caer, bien en Júpiter, en sus lunas, ó en el planeta Saturno, el más próximo entonces á nosotros.

El filósofo parecía estar impaciente.

—Y bien, dijo por fin—esperaremos abajo la salida del sol.

Y tocando un resorte, hizo que el movi-

miento de la pantalla sufriera modificación, y empezamos á bajar.

—¿Qué altura suponeis que tiene la atmósfera joviana? le pregunté.

—Trescientos kilómetros próximamente, de los que recorreremos tan solo la mitad; me dijo.

.....

Cuanto ocurrió á partir desde este instante, lo recuerdo como un sueño.

Nuestro wagón bajaba, no muy de prisa, á través de una atmósfera límpida y cristalina; las lunas reflejaban sus luces sobre una superficie formada por compactas nubes de color de oro que servían de marco, de mal definidos contornos, á un inmenso abismo; y nosotros, pegados entonces á los cristales y casi sin respirar, pues tal era nuestra emoción, contemplábamos llenos de curiosidad aquel cuadro que, si bien algo semejante por sus formas á los celages terrestres, era sin embargo bastante diferente de estos por los contrastes de la luz y originalidad de los colores.

Después de media hora, la decoración había cambiado por completo.

Ya las lunas habían desaparecido de nuestra vista; inmensas moles de vapores rodaban sobre y bajo de nuestra esfera; el trueno retumbaba con estrépito espantoso y bien podía decirse que la que nos rodeaba era una atmósfera de fuegos artificiales cuyos brillantes resplandores nos fué imposible resistir por mucho tiempo.

Entonces se cubrieron los cristales con una ventana aisladora y nuestra esfera, una vez toda ella de marfil y amianto en su parte exterior y desafiando impávida á aquella atmósfera de fuego, continuó bajando y acercándose á la superficie del magnífico planeta.

Cuando el filósofo hizo descender las ventanas exteriores noté que la tempestad de fuego había cesado y que una oscuridad completa envolvía á nuestra esfera.

—¿Pero seguimos bajando? pregunté un tanto alarmado al pensar que pudiéramos estrellarnos contra alguna montaña.

—Sí, me contestó el filósofo—y aun continuaremos. Pero no pudo terminar la frase.

Un ruido como producido por mil martillos que golpearan las paredes del wagón, se dejó sentir en aquel instante y nuestras palabras quedaron ahogadas.

—¡Zounds! exclamé algo asustado—¿qué es esto?... ¿serán quizá los jovianos que nos reciben á cañonazos?

—¡Es el granizo!... me gritó el filósofo al oído—mas no os importe..., aumentaré la velocidad de caída y así evitaremos el choque...

Y en efecto, un instante después caíamos con la velocidad que lo hacía el granizo y entonces cesaba por completo el ruido.

Pero esto no llegó á tranquilizarme, todo lo contrario, mi miedo siguió en aumento. La esfera retemblaba al abrirse paso á través de la atmósfera; todo cuanto contenía el wagón en su interior, incluso nosotros, trepidaba de un modo horrible y yo creí que de un momento á otro íbamos á estrellarnos. Mi hermano estaba sentado en el diván y, lleno de espanto, se cogía la cabeza con las manos.

Sin embargo, aquello debía ser solo cuestión de unos minutos y mientras tanto, el filósofo, que con el dedo me indicaba un aparato en el que varias agujas giraban sobre sus respectivos cuadrantes, me decía—Mirad, la densidad de la atmósfera y la presión barométrica aumentan... ¡Oh! la velocidad empieza á disminuir... Ya hemos rebasado, en virtud de la energía adquirida, el límite á que debíamos llegar y ahora subimos... ¡Oh! ya estamos parados... pero, y el granizo ¿por qué no choca de nuevo con la esfera?...

Y el filósofo al hacerse á sí mismo esta pregunta, se quedó un momento pensativo.

Mas al fin, y después de haber pasado revista á una serie de aparatos, exclamó—todo está explicado... la presión... la diferencia de temperatura... sí, no cabe duda..., es, que, desde cierta altura, la atmósfera de Júpiter pasa de ser gaseosa á ser líquida... y la nieve, el granizo, la lluvia..., caen, pero, no llegan al suelo, al menos en el estado en que recorrieron la capas superiores...

—¡Oh! ¿una atmósfera líquida? hice yo observar sorprendido—pero, esta atmósfera, ¿será entónce el mar!

—¿Por qué? preguntó el filósofo—¿creeis que todos los mundos han de ser como la Tierra? ¿creeis que no puede haber más que una atmósfera gaseosa y luego, bajo de esta, una zona ocupada por un líquido? ¿no concebís, que en este planeta por ejemplo, pueda haber una atmósfera, que al tener trescientos kilómetros de espesor y soportar como es consiguiente sus capas inferiores una presión enorme, pase gradualmente del estado gaseoso al líquido sin que por esto deje de ser tal atmósfera y pueda también á su vez tener bajo de ella otra zona de un líquido más denso?... en verdad que quereis juzgar á los mundos por lo que pasa en el vuestro y que haceis en ello muy mal... ¡Oh! la Tierra, ¡pobre modelo...!

Mi contestación á estas observaciones del filósofo fué lanzar un grito y abalanzarme á las ventanas diciendo—¡señor Li-tai, hermano mio, mirad!... seres extraños y que parece que vuelan, rodean nuestra esfera... Oir mis compañeros de viaje estas palabras y correr ambos conmigo hácia la ventana, todo fué una misma cosa. Los tres dirigimos nuestras miradas á través de las tinieblas

que nos envolvían; dejamos trascurrir unos segundos en silencio y sorprendidos de pronto por un espectáculo en extremo raro, dejamos todos escapar una exclamación, diciendo;—¡miradlos, ahí están...!

¿Qué era lo que veíamos?...; no lo sé.

Sólo recuerdo que á nuestro alrededor vagaban multitud de siluetas blanquecinas que solían cambiar de forma y corrían con tan extraordinaria velocidad, que apenas permittían pudiéramos fijar en ellas nuestra vista, y que mi hermano, al verlas, gritó diciendo—¡son aves! ¡no, nó,... ahora creo que son peces! ¡parecen hechos de gasa...! ¡oh! ¡llevan luces...! ¿quiénes diablos serán?... ¿creeis, señor Li-tai, que esos sean los habitantes de Júpiter?

—Bien pudieran serlo; contestó el filósofo lanzando al mismo tiempo una mirada de desprecio sobre mi hermano y agregando después—mas si tanta curiosidad teneis ¿por qué temblásteis ante la idea de veros cara á cara con ellos? ¡oh! humanidad terrestre, cuán imperfecta eres y qué bien representada estás por este joven...

Aquellas fantásticas y misteriosas siluetas habían desaparecido y la más absoluta oscuridad siguió rodeando á nuestra esfera.

Después vimos desgarrarse el cielo sobre nosotros; una luna apareció allá en lo alto, muy cerca del zénit, y sus rojizos rayos inundaron de luz aquella atmósfera densa y verdosa donde nubes de púrpura rodaban con velocidad increíble. A nuestros pies corrían extensas zonas, no sé si de terreno, de mares ó de nubes, pues, me era imposible distinguirlo, y mientras que unas veces parecíamos estábamos cerca del suelo, otras por el contrario me creía á una distancia casi infinita del mismo. Verdaderamente, el panorama no podía ser ni más variado, ni más espléndido. No bien se había fijado nuestra vista en algún punto, cuando enseguida todo cambiaba de aspecto. Yo entonces, presa del vértigo, no pude menos de retirarme del cristal y de volver hácia el salón donde me encontré con el filósofo, quien al verme y señalando un aparato, que no era sino un termógrafo, me dijo.

—Sin duda creeis que el suelo corre bajo nuestros pies ¿no es así? pues bien, sabed que no es el suelo quien se mueve; los que corremos, somos nosotros. Fijaos en el cilindro de ese aparato y en él vereis la curva de las variaciones térmicas que experimenta la atmósfera que nos rodea. Primero, hemos estado en pleno verano, luego hemos pasado de este á la primavera y por último, ahora nos acercamos á pasos agigantados al invierno.

—Y bien, dije—¿y eso qué significa?

—¿Que qué significa? pues significa, que nuestro wagón arrastrado por una corriente

intensísima ha cruzado ya la zona ecuatorial, ahora cruza la zona tropical y dentro de pocos minutos entrará en la zona polar norte. He aquí, amigo mío, una corriente que aún no han descubierto los astrónomos terrestres en el mundo joviano.

—En efecto, dije yo—de las ocho grandes corrientes que Mr. Stanley Williams supone existen en la atmósfera de Júpiter, ninguna vá del Ecuador á los Polos.

—Pues bien, siguió diciendo el filósofo, casi sin fijarse en mi observación—los jovianos gozan de un mundo verdaderamente privilegiado. Aquí no existen las estaciones propiamente dichas debido á la poca inclinación del eje del planeta sobre el plano de su órbita y todo queda, por lo tanto, reducido á que los que deseen vivir en un estío perpetuo se acerquen al ecuador y que los que sean aficionados al frío se corran hácia los polos. Aquí puede cada cual elegir el sitio en que reine la estación que mejor le cuadre. También estais viendo que corremos entre nubes: que las unas se elevan á muchos kilómetros sobre nosotros y que las otras se arrastran muy lejos aún de nuestros pies; que la gran corriente que nos arrastra se cruza casi normalmente con las corrientes ecuatorial y tropical; que mientras el celaje que nos cubre apenas ha cambiado de sitio, ya el que se extiende bajo nosotros se ha renovado por completo; que las velocidades de las masas atmosféricas no guardan relación ni con la velocidad angular del planeta ni con el radio de giro; que este planeta no parece girar todo él en una pieza alrededor de su eje y que las leyes á que su masa está sujeta no pueden explicarse por las de la mecánica que hemos estudiado los terrestres. Y en una palabra, que todo cuanto estais viendo no es lo que podeis observar en la Tierra y que esto os probará que los mundos no son copia los unos de los otros y que la naturaleza es siempre fecunda y admirablemente variada.

El filósofo se había acercado á uno de los cristales y á su través contemplaba extasiado el panorama espléndido que se desarrollaba ante su vista.

Yo me había sentado en el divan y estaba casi tan aturdido como mi hermano, quien no atreviéndose á ver nada de aquel mundo desconocido, se había encerrado en el gabinete que nos servía de dormitorio.

—¡Oh! ¡por Dios único! exclamó de pronto el filósofo—las nubes que ocultaban la superficie del planeta han desaparecido y á nuestros pies se extiende un océano inmenso en el que las lunas reflejan sus luces con tonos y matices tan admirables y originales que jamás podrá concebirlos el habitante de la Tierra... ¡Oh! el mar, ¡el mar joviano! venid á admirar la magnificencia del Poder Creador... Un mar, pero ¿un mar de qué? ..

¡maldito Maryland...! á no ser por él ya sabría yo á estas horas cuáles son los elementos que constituyen ese mar.

Y al decir esto el filósofo miró hácia donde poco antes estuvo sentado mi hermano y descargó al mismo tiempo un puñetazo sobre el cristal.

Luego prosiguió diciendo.

—El mar desaparece de mi vista... un continente corre bajo nuestros pies... ¡oh! ¡Júpiter! no eres tu una masa de agua ni un mundo en formación, nó, la vida debe extenderse de uno á otro de tus polos... la vida, sí, más que vida. ¡Oh! ¡mundo magnífico!... ¿cómo son tus habitantes? ¿á qué altura llega su talento? ¿resultarán quizá los grandes sabios de la Tierra, ser unos pobres ignorantes al compararse con vosotros?... ¡oh! sí, seguramente que sí... tiemblo de ira al no poder descender hasta la superficie de vuestro mundo... yo deseo descubrir vuestros secretos... quiero admirar vuestras campiñas, si es que campiñas existen en vuestro mundo; vuestras ciudades, si es que las teneis; todas vuestras obras y en fin quiero...

El filósofo estaba entusiasmado y á la par que á cada instante lanzaba palabras de admiración, daba también recios puñetazos sobre el cristal y maldecía de Maryland.

De pronto nos vimos envueltos por una luz roja de intensidad extraordinaria y como me pareciera á mi que el wagón cruzaba á través de una atmósfera de fuego, exclamé:

—¡Un volcán! mirad, sus llamas lamen las paredes del wagón.

—No, amigo mío, esto no es el fuego de un volcán; me contestó el filósofo—se trata de que estamos cruzando la gran mancha roja de la zona tropical norte que por cierto he contemplado muchas veces desde mi observatorio de Shang-hay y... mirad, el termómetro sigue descendiendo... no cabe duda... esa luz roja es debida á un fenómeno eléctrico...

Pero á los pocos minutos la luz roja había desaparecido, la oscuridad más completa rodeaba nuestra esfera y ya entonces nuestras observaciones cesaron.

El wagón mientras tanto parecía estar quieto y sin embargo, corría con una velocidad inconcebible.

Pasó una hora y luego otra. Nuestra marcha continuaba sin que llegáramos á estrellarnos como yo esperaba á cada instante sucediera y por fin aquella monotonía y aquel silencio fueron interrumpidos por una exclamación del filósofo.

—Mirad—decía—¿no veis allí, á lo lejos, un débil resplandor?

—Sí, le contesté.

—Y en medio de aquel resplandor ¿no veis también un pequeño punto algo brillante?... fijaos bien...

—Sí, sí, lo veo; repuse—y bien ¿qué es eso?

—¿No lo adivináis?... pues bien, el resplandor es el anuncio del día... y el puntito brillante es la estrella de la mañana en Júpiter.

—¡Oh! ¿Marte? pregunté.

—No, la Tierra.

—¿La Tierra? exclamó de pronto una voz detrás de nosotros—¿la Tierra? pues bien, ó dirigís á ella nuestro globo ó juro á Dios que...

—Alto ahí, señor Maryland, contestó el filósofo lanzando al mismo tiempo una mirada llena de rabia sobre mi hermano—yo os llevaré á la Tierra, sí, pues en verdad que aquel es el sitio que corresponde ocupar á los que como vos son de ruin espíritu... yo os devolveré á los clubs, á los teatros y á los paseos... y después y mientras tanto que vos os divertís con tan míseros placeres, vuestro hermano y yo volveremos á recorrer el cielo libres ya de vuestro estorbo.

—Pues andando, contestó Maryland—y pase lo de los míseros placeres.

—Miradla, mirad vuestra Tierra, decía el filósofo señalando hácia el cielo y hablando con mi hermano.

Pero para cuando este quiso llegar á encontrarla, ya aquella había desaparecido desvanecida entre los resplandores del Sol que empezaba á mostrar su pequeño disco envuelto entre celages de color naranja y violeta y proyectado sobre un fondo de brillante verde esmeralda y entonces mi hermano se quedó con la boca abierta.

—He ahí un mundo, dijo el filósofo, tratando de la Tierra—del cual apenas si se habrán enterado los jovianos de que existe. Y en verdad que nada pierden en ello.

Es muy probable que en Júpiter no se conozca ni Mercurio ni Vénus; estos dos planetas se hallan muy próximos al Sol, están constantemente bajo los fuegos de este y demasiado lejos de Júpiter para subtender un arco sensible. La Tierra, para los observadores de Júpiter, no es más que una pequeña estrella apenas visible á simple vista que se deja ver solo unos minutos antes de la salida del sol y desaparece algunos minutos después del crepúsculo, no alejándose á más de 12 grados del Sol.

—Pues bien, repuso Maryland—poco me importa que los jovianos sepan ó no que la Tierra existe. Lo se yo y esto me basta.

El filósofo le volvió la espalda y no le contestó.

Yo me había acercado al cristal y extendía mi vista sobre el magnífico y sublime espectáculo de la salida del Sol. Nubes de originales y variados colores corrían sobre y bajo de nosotros iluminadas por una luz que si

bién no lo suficientemente intensa para hacer que dejaran de brillar la mayoría de las constelaciones en el cielo, comunicaban un tono especial á los reflejos de todo cuanto nos rodeaba. De trecho en trecho, la envoltura de vapores que se extendía á nuestros pies, sufría tremendos desgarrones. A unos colores sucedían otros. A superficies inmensas parecidas á masas de plata líquida, sucedían manchas llenas de hendiduras y salientes de color parduzco. A nuestros pies corrían los misteriosos continentes de un mundo desconocido. El Sol se elevaba poco á poco sobre el horizonte y sus reflejos se modificaban á cada instante. A superficies rojas, sucedían otras de un negro intenso. Luego seguían otras blancas que indicaban la presencia de extensos campos de nieve y hielo. Y todo cuanto veía, parecía que más que correr, temblaba, pues tal era la velocidad de que nos hallábamos impulsados. Júpiter se nos mostraba á la carrera; y como su superficie estaba lejos y mis ojos no podían fijarse en ningún detalle, sentí de pronto cual si me faltara la vista y aturdido tuve que retirarme del cristal. En este momento oí ruido de engranajes, sentí retemblar el piso del wagón y luego comprendí que habíamos cambiado de dirección.

—Señor Maryland—dijo el filósofo á mi hermano—vuestros deseos están cumplidos. Estamos marchando hácia la Tierra.

—¡Kao! dijo luego dirigiéndose á su criado—contemplación y meditación para la primera víspera. Tomo cuatrocientos ochenta y uno. Versículo doce. Donde se demuestra que la humanidad terrestre en general es indigna todavía de saber lo que pasa en los Cielos.

—Y vos señor duque, me dijo á mi—ya sabeis que estais invitado á hacer conmigo otro viaje. Dos días después de nuestra llegada á Shang-hay saldremos de nuevo para Júpiter, haciendo escala en Marte. Mientras tanto, dirigid vuestro pensamiento al Dios de las estrellas.

Y así diciendo el filósofo desapareció.

.....

Cuatro días después me hallaba yo en el balcón de mi gabinete en el Britannian-Hotel de Shang-hay y como entonces ya fuera de noche y en el firmamento brillaran las constelaciones en todo su esplendor, no pude menos de, lleno de entusiasmo y como queriendo reconcentrar en uno solo todos los pensamientos que á mi mente se agolpaban ante la inmensidad de la obra de Dios, repetir las siguientes palabras del más ilustre de los astrónomos del mundo.—¡Saludemos! hermanos míos, ¡saludemos todos!... ¡esas que pasan son las Humanidades hermanas nuestras!

LIBRERIA * IMPRENTA
* DE *
JORGE MONTERO
VALLADOLID

Acera de San Francisco, 4 y 6 y Cascajares, 2

OBRAS DE ENRIQUE BENDITO

de venta en esta casa

	Ptas.	Céts.
El hijo del Capitán Nemo (1. ^a parte).	1	25
El hijo del Capitán Nemo (2. ^a parte).	1	25
El hijo del Capitán Nemo (3. ^a parte).	1	25
Un viaje á Júpiter.	1	25

PRÓXIMA Á PUBLICARSE
UNA GRANJA EN EL TARRYANI

TALLERES DE **ENCUADERNACIÓN** Y ESTAMPADOS
LIBRERIA DE **JORGE MONTERO**
Acera de San Francisco, 4 y 6
* Y *
Cascajares, 2
VALLADOLID

LIBROS DE TEXTO
Y PROGRAMAS

Obsequios á los estudiantes que
compren en esta casa.

LIBRERÍA GENERAL
Centro de suscripciones
OBJETOS DE ESCRITORIO Y DIBUJO
ALMANAQUE BAILLY-BAILLIERE
Idem de la Ilustración Española
y Americana
Idem de El Eco de la Moda
MAPA DEL TRANSVAAL
ROMPECABEZAS ANGLO-BOER
Calendarios, Blocs, Agendas
y Dietarios para 1900